



gloria guardia

el último juego

educa

EL ULTIMO JUEGO

PREMIO CENTROAMERICANO DE
NOVELA "EDUCA", 1976

Colección Séptimo Día

Gloria Guardia

Al Bournandez

EL ULTIMO JUEGO



Editorial
Universitaria
Centroamericana

Primera Edición
EDUCA, Centroamerica, 1977

Hecho el depósito de ley

(C) EDITORIAL UNIVERSITARIA CENTROAMERICANA (EDUCA)

(Organismo cultural de las universidades autónomas de Costa Rica,
Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala).

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, San José, Costa Rica
Hecho en Costa Rica

A mi compañero Ricardo Alfaro, que con amor, comprensión y paciencia sobrellevó el proceso de concepción y redacción de este libro.

“Las aventuras del egoísmo son un largo y lúgubre melodrama que parte del descubrimiento rousseauiano de la ‘sensibilidad’ y concluye en las formas degradadas del folletín televisivo y el confesionario horizontal de los psiquiatras”. *Carlos Fuentes.*

Ayer, te vi, Mariana, por última vez y hubiera querido mirarte honda y detenidamente porque tenías un rostro para mirarte así; digo, mirarte sin reparos, con descaro y bastante malicia en la pupila grabadora: los labios carnosos, la frente alta, los altos pómulos morenos, me acerqué, buenas noches, Mariana, un gesto rápido, un cruce, apenas, de sonrisas y atravesaste el salón hacia donde un grupo de invitados conversaba, hola Joaquín, hola, viejo, yo buscaba una excusa para hablarte, pero qué va, tú estabas en lo tuyo, contándole a la gente lo aburrido que te había resultado aquel trabajo: el día entero frente a una máquina eléctrica, sirva un café, tome este dictado, buenos días, Pérez-Prado — Gatica — Andraque y Mandraque, los cinco latinos económicos a sus órdenes, reunión de directores con piscosouers a las cinco, redacte este memo para el vice, el gordiflón de las nalgas de gelatina, la gente se moría de risa, figúrense, los rollos del gordo ése sobre mi escritorio, seguías hablando, dabas unos cuantos pasos, gesticulabas, tu boca se desbordaba en una carcajada y yo riendo con los otros para no hacer el ridículo, inventabas, moviéndote, toda tu gracia, ahora, frente a mis ojos, tus muslos largos, tibios, los ojos de los otros

devorándote, mientras Joaquín hacía un brindis, claro, un brindis y otro y otro y tú volvías sobre el cuento del gordo ya sin cejas, sin gracia, ya pelón, la carcajada inundándolo todo, el salón retumbando, la orquesta tocando y yo seguí de largo y eso fue todo, Mariana, y el día cambió de rumbo y de pronto pronuncié aquel adiós que quedó fijado, imprimido, sellado con carboncillo o con tinta china: Comunicado de la Guardia Nacional, llegan a Libia terroristas panameños; hoy a las seis y cuarenta y cinco de la mañana, hora local, llegaron a Trípoli, capital de Libia, los terroristas que durante más de sesenta horas mantuvieron como rehenes a una treintena de personalidades en una lujosa residencia de Urbanización Obarrio, bajo el volumen de la radio/ flota de camiones-tanque asegura agua a Los Angeles, Betania, Villa Cáceres/ Marlene Dietrich ha recibido a los periodistas de Nueva York a los que anuncia su reaparición en público en su primer show de televisión que será transmitido el día 13 de mayo próximo. Abro la ventanilla delantera del carro y miro a la multitud de gente que camina por las calles con las manos en los bolsillos, salen, como hormigas de sus cuartos del El Marañón, El Chorrillo o Calidonia, compran lotería, se toman un café en el *Coca-Cola*, almuerzan un huevo frío y mantecoso y una ración de arroz blanco con frijoles y tajadas de plátano maduro, Mariana, bajan en fila india de Loma de la Pava, repito tu nombre, suben al bus o a la chiva, diez centavos, naciste bajo el signo de los peces, Mariana, —Piscis— Mari-Ana, Marina, y te bautizaron con el faldellín bordado en minardí que era de tu tatarabuela, la mujer de la cara pálida y alargada cuyo retrato colgaba de uno de los tantos marcos dorados que adornaban el comedor celeste-tiza de la casa de tu abuela, transbordan, cinco centavos más, el bautizo tuvo

que haber sido en aquella iglesia junto al mar, Señores y Señoras, Mariana, dónde estás? ,Ladies and Gentlemen, una ermita oscura con santos horribles de ojos grandes saltones y un Cristo de ricitos negros y una cruz carcomida por la polilla, this is WCA transmitting from Panama City, historical town where the two Occans meet, welcomes you any time of year, Panamá le ofrece un mundo maravilloso, un hechizo tropical con sus ríos y playas y montañas, todo además al alcance de su mano, la WCA da la hora exacta, las siete y cuarenta, seven forty, Ladies and Gentlemen, and this trough the courtesy of the Bank of Transylvania, un banco con más de cien años de experiencia, yes, Ladies and Gentlemen, leave your money in Panamá, a paradise where your money is safe, la Suiza de América, Panamá le ofrece seguridad y buen servicio, deposite, hoy, su dinero y entierre sus preocupaciones, entiérrelas en el Club de Montañas Altos del Chagres, el club privado más grande y moderno de todo Centroamérica, diseñado especialmente para Usted y su familia, it belongs to an international chain, there you and your family will enjoy the beauty of the Chagres River, we have thought of you and your children, recuerde que los niños son los hijos favoritos de la Revolución y cuando piense en sus hijos, piense definitivamente en el Children's Bank con sus grandes y fabulosos regalos, Disney World, rifas, carros, el mundo maravilloso del Pato Donald, Mickey Mouse, Pluto y Dumbo, el elefantito volador, todo esto y mucho más, el abrir Usted su cuenta de ahorros en el Children's Bank, entre calle 42 y Avenida Cuba, bajo la mirada hasta el timón del automóvil y comienzo a sudar horriblemente y es que el sol se ha fijado en el parabrisas y me ciega de momento.

—Garrido, ¿qué pasó, viejo, qué paso?

¿Cómo se llama el tipo que me grita?, bigotito ralo, moreno, camisa almidonada y una corbata de colores chillones, le sonrío, trato de hacer memoria, es inútil/ cuando uno cree que el amor llegó/ lo deja todo y se entrega a él/ la luz verde, avanzo, la roja otra vez, otro alto y Osvaldo Ayala que canta por la radio y el sol que acabará por cegarme, Mariana, saco de mi cartera tu fotografía, el dolor se inicia esta vez por el pecho, me sube hasta más arriba de las orejas y se queda, ahí, plantado en las sienes, dime ¿por qué tuvo que suceder de esta manera?, cambio la estación de radio y ni esta vez ni las otras me es posible pensar en ti, mirarte con indiferencia y comprendo, tal vez, que la indiferencia tiene que ser la degeneración de una última entrega, del desgaste, ¿no es cierto?, es como haber llegado a cero partiendo seguramente del uno o del dos, no más allá porque más allá ya se ha dado el misterio y eso es lo que siempre hubo en ti, mujer, nada como tus tías, ¡horror!, que llevaban aquellos vestidos acampanados cuando la moda era el chemise y que a la hora de armar la parranda hablaban bajito, con voz de medio luto, tus tías, suspiro, aquellas viejas solteronas, otra luz, tus tías, Mariana, rosario en mano rezando por algún muerto del barrio o de la familia y si no había muerto, buscando un recién operado y eso escaseaba, leyéndose las sociales en busca de los que cumplían años o aniversario de algo, ese tipo del automóvil, trato de hacer memoria otra vez, ¿Alonso?, ¿Arroyo?, ¿Arellano?, empieza con A, y Garrido se observa en el espejillo retrovisor del carro y su rostro, al compararlo con el del otro, le parece, quizá, aceptable, respetable, agradable, un rostro, en fin, pasable, a pesar de que él siempre esté requeteconsciente de que tiene la nariz grande, los labios demasiado delgados, los cachetes generosísimos y las entradas del

cabello profundas, pero excluyendo lo que Garrido crea o no crea, son treinta y ocho años que no ofenden en realidad a la vista, y que si pecan de algo es de haber sido descomunadamente monótonos, eso es, de haber transcurrido sin pena ni gloria entre un par de casas de Bella Vista y Obarrio o viajando por Estados Unidos, Europa y un canto del norte de Africa y debió haber sido allá en Bella Vista, eso es, me detengo ante otro semáforo, claro que fue en Bella Vista, piso el acelerador, dejábamos los bailes del Club después de las doce, íbamos en pandilla a los automáticos y nadie más despreocupado que nosotros entonces, ¿verdad?, una raza de guayaberas blancas, mocasines negros y pantalones bien estirados, muchachos bébense un trago, y así comenzaba, quiero decir, seguía la pachanga, otro trago y otro y otro, o.k., o.k. y cada cual subiendo a los cuartuchos malolientes de Río Abajo y Juan Díaz, las falditas bajando, los besos, ¡hola ricura!, las caricias entre maestra y discípulo, las noches negras, negrísimas, la brisa hueca penetrando el santuario aquél de madera, el escenario con camita dura en el centro, ¡vaya torso, muchacho!, y aquellos cuerpos, ¡chuleta!, aquellos cuerpos que olían a aguas marinas agitándose, los cuerpos, torpes, moviéndose y se encendían las luces, un solo foco de luz mortecina y venía el recuento de cuitas y las voces de los otros filtrándose a través de los tablones de madera podrida, honey, sweetheart, miro el reloj del Palacio Justo Aerosemena, las siete y cincuenta, la ciudad ha despertado, estaciono el carro, los chiquillos patinando en la calle, un vendedor de lotería que se acerca y me ofrece el 04, gánese el miércolito mañana!, una voz de mujer gritando desde los balcones de enfrente, los periodiqueros que pasan en bicicleta voceando *¡La Estrella!* — *¡Crítica!* — *¡El Matutino!*

— *¡La Estrella!* , estaciono el carro, recojo el maletín y el saco, me lo pongo, abro la puerta, salgo y le doy la llave a ésta y camino con desgano hasta la entrada principal del Palacio, construido a las faldas de la *Avenida 4 de julio*, alias, *Presidente Kennedy*, alias, *de los Mártires*, pero antes de entrar volteo, mecánicamente, la cabeza y mi vista se topa con la presencia inmediata y lejana del Cerro Ancón y yo de siete años y pantalones cortos, Mariana, pantalones celestes, recitando y apenas comprendiendo y cancanearo y nervioso, allá en el aula de la maestra Benita, el del Colegio de los Hermanos Cristianos, el viejo, el de Miramar, las estrofas del poema de Amelia Denis: Centinela avanzando, por tu duelo/ lleva mi lira un lazo de crespón/ tu ángel custodio remontóse al cielo/ ¡ya no eres mío idolatrado Ancón!

—Buenos días, Licenciado. Hemos pensado todo el tiempo en Usted--.

—Gracias. Buenas, Lombardo—, y veo al portero que me abre con reverencia la puerta de entrada del edificio, los corredores desiertos, también el ascensor está solo, despoblado, deshabitado, nada comparable a hace diez años cuando aquí se escribía todos los días la historia de gaveta de los panameños, digo, cuando aquí sesionaba la Asamblea, subo al octavo piso y hace calor y humedad y el ascensor está sucio y las paredes descascarilladas:

—Licenciado, —miro al hombre, al aseador, que me habla al salir yo, cabizbajo, el estrecho corredor— El Doctor Pérez Dávila dejó el viernes pasado este portafolio para Usted. Me pidió que se lo entregara. Celebro verlo bien.

—Gracias, gracias, gracias, —le repito y desde este último piso tengo a mi alcance gran parte de la ciudad,

abro uno de los ventanales y echo un vistazo: la bahía, los techos de los edificios viejos y más allá, la Cresta, son uno, dos, tres, cuatro, no alcanzo a ver los otros, los nuevos condominios y el mesonero que se acercaba con una bandeja repleta de vasos de whisky, whisky con agua, con hielo, con soda, whisky solo, en las rocas, tal como les gusta a tus primos, Mariana, a Teresa y Juan Almillátegui, ¿los recuerdas, allá, en esa terraza inmensamente larga, sentados todas las tardes a golpe de seis, saboreando, gota a gota el Chivas Regal que él compra por cajas en la Zona Libre? y el viernes a las siete y media, el embajador americano, el primero en llegar, me estrechaba la mano mientras Queta besaba a Mrs. Wilson, how charming of you to give this party in our honour, Garrido, y aquel atardecer de julio, los mesoneros sin hablar, our pleasure, Mr. Ambassador, los mesoneros que se deslizaban, sigilosos, Mrs. Wilson and myself are just delighted to be with you tonight, los mesoneros que extendían los brazos ofreciendo la bandeja, quedándose, ahí, quietos, con esos rostros de ellos iguales, impávidos, canjeables, my wife and myself are equally delighted to have you over, y los invitados que llegaban y servían y cambiaban este vaso por aquél y el fotógrafo de *La Estrella* enfocando a Wilson y aquella tarde de julio a Juan Almillátegui, bajísimo, regordete, cachetón con aquellos ojos de él, pequeños que se escondían tras inmensos anteojos de carey, don Juan, por favor, mire hacia acá, hacia la cámara y él que ensayaba una sonrisa y le salía una mueca que desentonaba con el gusto espléndido, la elegancia, novedad y finura con que Teresa y sobre todo tú, Mariana, habían decorado ese piso del condominio más exótico de la ciudad, de ese verdadero orgullo nacional que le había costado a tus primos miles y miles de dólares y más de

sesenta meses de espera impaciente y yo, Mariana, ahí silencioso, observándolo todo y no me preguntes por qué, quizá por no tener nada mejor que hacer, fui contando a los invitados a medida que entraban y llegué hasta setenta y siete y ví cómo besaban a Teresa, mejor dicho, cómo apenas le tocaban la mejilla con un pizca del labio y cómo se dirigieron, apresurados, hacia un rincón de la sala a saborear algún langostino o camembert traído de Francia en un viaje reciente, o tal vez hacia la terraza de los helechos que aquel atardecer de julio lucían bellísimos con sus gigantescas, exuberantes y bien abonadas colas verdes que rozaban los pisos relucientes y se mecían, cadenciosos, con la brisa tropical que soplaba desde la bahía y veo a García que, desde una esquina, me mira y me vuelve a mirar, ¡icoño!, y yo me siento de lo más intranquilo y me separo del ventanal y pretendo leer el periódico del viernes pasado que él me ha entregado con los documentos del tal Pérez Dávila:

AP El negociador de los Estados Unidos sobre un nuevo tratado del Canal de Panamá, Ellsworth Bunker, regresó a Washington ayer jueves, en horas de la noche, después de haber realizado en la Isla Contadora una nueva ronda de conversaciones con los funcionarios panameños y antes de partir reiteró que un nuevo tratado puede ser suscrito en fecha próxima. El Embajador Bunker partió en compañía del General Dolvin quien viajó a Panamá en una medida encaminada a dar al Departamento de Defensa un papel más directo en las negociaciones.

El Departamento de Defensa ha sido un centro activo de oposición en la forma en que el Departamento de Estado ha conducido las negociaciones, y

opina que este último ha sido demasiado condescendiente en la satisfacción de demandas presentadas por Panamá para el eventual control de las operaciones de defensa del Canal.

El interés del pentágono en las negociaciones se deriva de la presencia de 14 bases militares de los Estados Unidos en la zona del Canal, ocupadas por unos 10.000 soldados norteamericanos.

Durante la mayor parte del año el pentágono y el Departamento de Estado han discutido acerca de lo que conviene ceder en las negociaciones. Los funcionarios del pentágono proponen que se mantenga indefinidamente el derecho a defender el Canal; no todos los panameños consideran que esta petición es aceptable. (Pasa a la Página 22 No. 226).

Separo la vista, miro hacia la ciudad, ajá, hoy ya estamos a martes, los martes siempre daban matiné en el Salón Claret y cada uno llevaba su silla plegadiza y de pronto, ¡tas! , la caída y los golpes de esos de todo el repertorio de malas palabras y ahí mismo a armar la silla de nuevo, se ha dicho, y ni soñar con desprender los ojos de la pantalla porque eso hubiera querido decir perderse de la última escena de Gary Cooper en *Adios a las Armas*, las lágrimas, los ojos coloradísimos, se encendían las luces, las lágrimas, siempre las lágrimas y este García que me mira demasiado, que me tiene ya cohibido, y los ruidos y el calor asfixiante, los ruidos de la calle que suben, que suben y las lágrimas, pero definitivamente se está mejor acá, ni hablar, mejor que en el carro y que en la casa con Queta y los muchachitos y los timbres y los teléfonos, de nuevo la mirada de García que no parece ascar ni hacer nada. Reviso una serie de documentos del próximo congreso interamericano de

jurisprudencia, firmo uno, dos, cinco, y el ruido no cesa, Mariana, ¿te has fijado en la horrorosa firma que tengo?, camino hacia el ventanal y vuelvo a divisar la terraza del condominio de tus primos y ¡concho!, otra vez aquella tarde de julio y Guillermo Gutiérrez, el escritor que había ganado dos o tres *Miró* en los últimos años, conversando con la mujer del Doctor González Márquez, revelando una capacidad ilimitada de asombro y yo, siempre solo, de pie, tomándome un whisky tras otro y mirando a Juan Almillátegui, viéndolo irse al servicio que tú, Mariana, y Teresa habían decorado también espléndidamente: flores, toallas amarillas, perfumes variados, alfombra color naranja, y supongo que vomitó y que del botiquín sacó una alkaseltzer y que se aseó porque lo vi salir más ligero y a lo mejor más dispuesto a hablar con éste o aquél, perderse entre la música que venía del cuarto del estereofónico y los mesoneros, Mariana, que daban vueltas y más vueltas y el fotógrafo del otro periódico que vino y me enfocó para arrepentirse después, al verme así, solitario, con el vaso en la mano, fue esa tarde, ¿no es cierto?, cuando comenzó todo, cuando, correcto, tú sabes lo que te quiero decir, Mariana, y los mesoneros con dos bandejas de plata y Teresa que se perdía en la cocina un buen rato para reaparecer después y Antonia, la misma, la que estudió para enseñar a niños superdotados que hablaba de pedagogía con el pianista Ricardo Bravo, mientras él miraba aquellos senos de ella tan duros y aquellos brazos tan perfectos y Bravo que hubiera dado dos noches en el *Lincoln Center* por desabrocharle a Antonia la camisa porque es bestial, un penco de hembra, esa Antonia y lo peor es que es fiel a un marido bien bruto que no sabe apreciar la verdadera belleza y se dedica a vender tractores y hablar de tractores, ¿qué cómo lo supe yo?, bueno, porque esta-

ba ahí cuando le pasaron el dato a Bravo y este, enfundado de su mejor cortesía y hablando de intereses comunes, poco a poco la fue desarmando para lanzarse, luego, más descarado, a la caza de esos senos maravillosos y es que tal vez tú no estés enterada, Mariana, claro, no tienes porque estarlo tampoco, pero a Antonia, de pequeñita, la llamábamos La Runcha, no, descuida, mujer que no voy a repetirle esto a nadie, pero aquella noche no era Antonia la más importante, sino tú y Teresa también, quien atentísima, se acercó en un momento dado al abogado Fernando Martínez Arias, candidato a Ministro de Hacienda, alto, rubio, buenmozaso y le puso en la mano un vaso de leche porque hacía años que Martínez Arias no bebía ni un trago de nada y yo aquello lo recuerdo, Mariana, porque me tocó hacer por esas casualidades el viaje con él cuando lo iban a operar de úlceras en la Johns Hopkins y ese dato Teresa, tan linda, nunca lo olvidó y el futuro ministro no dejó de emocionarle ese gesto y comenzó a recitar aquello de Teresa la dulce, la dulce Teresa y yo vi cuando le besó ambas mejillas y escuché cuando le recordó con nostalgia antiséptica, o sea, como quien recuerda que hace veinte años todos vivíamos en la calle 38 y 39 y jugábamos pelota a las cinco después de la escuela, cómo a los quince años ambos se adoraron para olvidarlo después y fue ése un amor que no le hizo daño a nadie y del cual ya nadie se acuerda, sólo ellos dos, claro, él aquel atardecer de julio con el vaso de leche en la mano y ella con el beso de él en ambas mejillas y fue precisamente en ese momento cuando ocurrió el encuentro, Mariana, el match, diría yo, entre Fernando y el pobre de Juan Almillátegui, quien nunca supo nada de aquel antiguo romance y es que el — pobre— diablo — de — Juan, siempre estuvo así, como al margen de todo,

bueno, tú sabes lo que te quiero decir, de nuestros enamoramientos —relámpago, de los bochinches de barrio, de los reinados y comparsas de carnaval, de nuestras intimidades de quince años, sí, Mariana, tú de sobra lo sabes, Juan, ni entonces, ni ahora, fue de la gallada de las calles 38 y 39, porque él vivía allá, en la Vía España, aislado, era un apéndice de su padre, el español aquél regordete de tirantes negros, que comenzaba a iniciarse en el negocio de la venta de comestibles y aquella era una casa, ¡contra!, me entra rubor recordarlo, era eso un caserón sin vida, sin luz, ni esperanzas, digo, un mausoleo comprado—con—mi propio esfuerzo y decorado por una mujer pálida, de ojos opacos, bien celestes y labios amoratados y aspecto fresco de tendera, donde a veces almorzábamos los domingos unas tortillas inmensas de huevos con papas que desprendían un fuerte olor a aceite de oliva que, hoy, reconozco y me agrada y aquel match, Mariana, aquel fugaz encuentro entre Juan—sin—gracia y Fernando—el —hermoso, yo lo pude observar desde el ringside y lo que vi fue a un Gulliver rubio, erguido y ufano, elegantísimo todo él, en un traje oscuro de moda que lo hacía lucir diez años más joven y veinte más ágil, que se dirigía a su antitríon con amabilidad exagerada y a un Pulgarcito que parpadeaba y parpadeaba sin saber exactamente qué contestarle y andaba yo en eso, sí, yo andaba observando a los dos, cuando tú hiciste tu entrada triunfal y todos te llamaron por tu nombre de pila y todos te besaron con gusto, no por cumplido, y uno a uno te fue adorando, mientras se acercaban a saludarte y tú, a sabiendas de esto, llegaste tarde esa noche, a sabiendas, también de que Juan te habría de mirar sin saber qué decirte, en diez años nunca supo cómo enfrentarte, y que Teresa, dulce, dulcísima, toda

una Mariana disminuída desde que las dos primas segundas eran pequeñas, te agradecería la tardanza para brillar, así, sola en la inmensa sala decorada por ambas, donde hombres y mujeres andaban elegantísimos, igual que este viernes, y a sus anchas, igual que este viernes, bueno, casi, casi a sus anchas, digo, entre esos cien rostros y cien cuerpos y mil gestos, hasta que Quintín Arias de la Guardia insistió en presentarme a Marta, la arqueóloga que acababa de llegar de Roma o de Londres y ella, ¡qué plomo!, me dio la mano izquierda y después de admirar aquella huaca que lucía sola, divinamente sola bajo la luz de un reflector, en un rincón de la sala, se dirigió en italiano e inglés a dos individuos que yo no conocía y que, después, supe que eran diplomáticos recién inaugurados en ese maremundo y ella siguió hablando e ignorándome, mal educadísima la niña esa, a pesar de la caterva de títulos con que se presentaba y la presentaban y nos presentaron y yo esperando que cambiara al francés, alemán o al ruso, cuanto tú, Mariana, te acercaste, ¿desde cuando tú y yo no hablamos en latín?, me dijiste, y los dos reímos a carcajadas y me sentí rebien a tu lado, cuando te empinaste para susurrarme al oído, ésa es políglota en la cama también, y así, sin más, me arrastraste hacia la terraza y, ahí, entre el asombro de las luces de la ciudad y la brisa suave de la bahía, se encendió, Mariana, entre ambos el chispazo.

—Don Tito, lo llaman al teléfono.

—Gracias, García, —le digo y camino lentamente hasta el escritorio de la oficina siguiente y levanto el auricular con cierto recelo porque nadie, nadie, salvo Pérez Dávila sabe que este martes veinticinco de noviembre a las ocho y pico de la mañana estoy acá, en el Palacio Justo Arosemena.

—Quíubo, Tito, ¿estás bien? Estuve preocupado horrores por ti.

—Gracias, —contesto, y no reconozco la voz que me habla— ¿Con quién tengo el gusto?

—Hombre, por favor, con Pepe, que estoy aquí con Pérez Dávila y parece que él quiere hablarte y yo aproveché para saludarte, primero. De veras, viejo, estuve preocupado horrores por ti; sí, horrores... —Y yo no digo nada de momento, no sé qué decirle, y se hace un silencio largo, embarazoso, y cuando le hablo lo hago en forma bien distante como quien no desea comenzar ni recordar intimidades con nadie.

—Hola, José, gusto en saludarte y por favor dile a Pérez que recibí el memo y que no lo he leído y que me perdone ahora pero yo lo llamo más tarde. —Y mi tono de voz ha sido frío, distante, evasivo y Pepe lo ha sentido, ha recibido mi mensaje de apártate—y—déjame—solo y cuelga rápidamente el teléfono y yo vuelvo al ventanal y el aire de la mañana, aunque demasiado caliente, me despeja por un momento la mente y digo por un momento porque, en la radio portátil de García, una orquesta está tocando para bailar y una voz de mujer canta, grita, chilla, hace gárgaras con un bolero de moda, Pepe, Pepe González, repito tu nombre, hace rato que no escucho una voz de trompeta como ésta.

—¿Qué le parece, ahora? —me pregunta García.

—¿Qué me parece ahora qué? —vagamente pienso que habla del bolero, o de la cumbia, o de la rumba, o de lo que sea que canta la mujer en ese momento en la radio.

—Lo sucedido, don Tito.

—¿Lo sucedido?, —le pregunto, haciéndome el bobo. —No sé, —le miento y él lo sabe y sin más me

pongo los anteojos, abro el cartapacio que me ha enviado Pérez Dávila y comienzo a leer el memo:

El Ministro de Comercio e Industrias me informó anoche que el "Wall Street Journal" en su edición de ayer jueves indica que la firma transnacional, United Brands, sobornó a funcionarios de Costa Rica, Honduras, Panamá, Italia y Alemania Occidental. La United Brands hasta ahora sólo ha admitido el pago de 1.2 millones de dólares a Honduras para bajar el impuesto al banano de exportación. Opino que Panamá debe exigir que la firma haga inmediatamente alguna aclaración oficial al respecto y de no hacerla en las próximas cuarenta y ocho horas se cancelen las concesiones de la subsidiaria y se le expulse del país...

Trato de concentrarme en el contenido del memo pero, ¡qué vaina! , otra vez anoche y antenoche y las últimas sesenta horas y también aquella tarde de julio y ahora lo sé, sí, estoy seguro, que no hubo amor entre tú y yo entonces, sino más bien una atracción exuberante, torrencial, arrolladora y Teresa la linda, la astuta Teresa lo tuvo que haber presentido cuando se acercó a nosotros y quiso hablarnos de trivialidades porque, sino ¿a santo de qué, dime? anda, dime, ¿a santo de qué abrió los ojos así, inmensos? y, ¿a santo de qué, se alejó, así, discretísima a conversar con Mariola de Santos, la secretaria ejecutiva del gerente de Avianca que acababa de llegar del Perú o del Egeo? Yo solo sé que la música donde tú y yo estábamos apenas se escuchaba y poco a poco fuimos quedando ambos envueltos en un ambiente de malicia compartida y dos o tres o quién sabe cuántos mesoneros pasaron con sus bandejas de plata y una de éstas llevaba copas de champana y tú

aprovechaste para hacerme aquel brindis perverso, por Queta que te ha dado tres hijos en tres años y por la maravillosa inversión que ella representa. Y alzaste la copa al mismo tiempo que con la otra mano te levantabas el mechón que te tapaba la mitad de la cara y yo, con un pie apoyado en uno de los tantos maceteros de Teresa, sin saber cómo responder a ese dardo y medio aturdido aún, Mariana, sí, medio aturdido, eso es, me bebí de un solo sorbo aquella champaña y comencé a hablarte de las playas de Creta, tan azules, tan azules, ¡ah ese es un sitio donde hay que volver! , te decía y lo repetía a medida que te miraba, Mariana, y te iba deseando largamente, sí, te miraba la cintura, las caderas, los senos generosos, redondos, bien erectos y te medía cada pulgada de la nuca y te imaginaba desnuda, magistralmente desnuda en la playa y tú, nada más sonreías, y sólo una vez aprovechaste el gesto para mojarte los labios, hasta que finalmente, miraste el reloj y me diste un beso tibio en la mejilla y te marchaste así, sin despedirte, por el mismo vestíbulo elegante, decorado por ti, por donde hacía un minuto o diez años habías hecho tu triunfal entrada.

—García, ¿los números de teléfono de los otros organizadores de este congreso?

—Los ti-tiene Mi-Mirna, don Tito.

—Que se los dé a mi secretaria.

—De-de acuerdo.

Voy de un lado a otro del salón, enciende un cigarrillo en silencio, ¡qué tipo extraño este hombre! , siempre observándolo a uno, mirándolo como si quisiera preguntarle algo bien importante, el calor de la mañana,

la humedad, el sudor que me corre de la frente a las sienes, de las sienes, al cuello, levanto la vista, no es de confiar este hombre, qué va, me asomo por la ventana, el día se ha echado a perder, las nubes grises, el sol que se esconde y sale por un instante y se vuelve a esconder, es un sol de lluvia, eso fue, ¡claro! , el sol, doy un par de chupadas, exhalo, dejo salir de la boca el humo, fue el sol lo que esta mañana me hizo abrir los ojos antes de que fueran las seis y la primera luz del día se filtraba por el rectángulo de la ventana, toso, el humo molestándome siempre, aquella luz demasiado fuerte haciéndome saltar de la cama y correr al baño a lavarme rápidamente la cara, me miré en el espejo, ojos opacos, las ojeras de un tono grisáceo, la barba crecida oscureciéndome el rostro, me paso las yemas de los dedos por ambas mejillas, me las palpo, ¡Dios mío! , Mariana, ¿dime por qué tuvo que suceder de esa forma? , observo mis movimientos, son torpes, no, digo, simplemente mecánicos, siempre los mismos, me levanto, me baño, me afeito, me visto, la mismísima carajada día a día sin variaciones, sólo que hoy cambié el ritmo, hice todo bien lento y mientras lo hacía observaba a María Enriqueta, las medias, primero, los calzoncillos, la camiseta, y ella que dormía con la boca abierta, aquel cuerpo inmóvil y sólo la respiración, pausada, subiendo y bajando, yendo y viniendo, del pulmón a la boca, de la boca al pulmón, y yo frente a ella con los brazos cruzados mirándola, luego ya vestido, siempre mirándola y con un temor bárbaro de despertarla, se habría puesto la bata y sentado a mi lado a desayunar las tostadas y el café con leche que nos ha servido Felicidad todos los días desde que nos casamos hace cuatro años, me estremezco, habría comentado una y mil veces lo sucedido ayer, anteayer para olvidarlo casi al instante, el cielo se ha ido nublando, las nubes negras

que van cubriéndolo todo, ¿en qué pensará este García mirándome siempre? , pero, no, no le pregunto, ini de a vaina! , eso daría pie a una conversación interminable, me separo de la ventana y la música que no para de tocar, y es la misma la chillona que les gusta a las criadas, ¿qué escuchas? , le pregunté a Felicidad esta mañana cuando todavía con sueño me dirigía la cocina donde ella desayunaba con Elías, ¿qué no sabe lo que escucho, señor? fue una pregunta bien tonta, lo sé, pero tampoco era cómo para que me contestara de esa manera, y fui caminando hacia el refrigerador y lo abrí para servirme un vaso de jugo de lo que sea que hubiera, naranja, piña, limones, guanábanas, algo, en fin que me calmara la sed, pero, no había nada, nada, nada qué beber y comencé a revisar la casa, la sala, el comedor, los impactos de bala, abrí de par en par las ventanas, la brisa se filtraba, lenta, húmeda y otra vez el recuerdo de este viernes, ahí, lacerante, voy hacia el escritorio, me siento y firmo otros documentos, y el embajador que se acercaba, *your wife is incredibly charming* y los fotógrafos enfocando a Wilson en el preciso instante en que decía esta frase y Queta, feliz, con esa sonrisita de ella mesuradísima, y la criada otra vez frente a mí comunicándome que el café está servido en la terraza, junto a la piscina, don Tito y yo sigo revisando los documentos y lo hago con el mismo cuidado con que examiné cada rincón de la casa esta mañana cuando todo volvía a reasumir su marcha es que tenía que ser así, lo demás habría sido enfermizo, digo, malsano y me bebí el café y la sonrisa, Mariana, la maldita sonrisa que se multiplicaba en cientos de sonrisas más como la de la tarde esa cuando, en vísperas de casarnos, Queta salió con aquellos anteojos oscuros y se acurrucó conmigo en el asiento de atrás del carro de Chale y Marcela y yo la

convidé a un cigarrillo y le hice una broma que hizo que se fuera al diablo aquella sonrisa y que ella pronunciara ese bájate, y yo, demos una vuelta hasta que te calmes, y ambos hablando en voz baja para que los otros no se dieran cuenta porque hubieran dicho que ya no nos casábamos o que aquel noviazgo entre un hombre de treinta y pico y una niña de veinte pedía cacao y debió haber sido desde ese momento, claro, Mariana, desde esa salida cuando Queta cargaba los malditos anteojos oscuros que yo empecé a conocerla y a sentir este enorme fastidio que fue creciendo de piano a fortissimo, a medida que comencé a acompañarla los domingos a misa y llevarle al *Squirt* a comer helados de chocolate y vainilla y a que festejara el cumpleaños de la fulanita o zutana y, así, ese fastidio se hizo tan grande, tan grande, que un día estalló en mil pedacitos y entonces la cosa se puso realmente horrorosa porque de ahí en adelante hubo fastidio de la mañana a la noche y en la madrugada también y aquello ya fue como el aire mismo que respirábamos, pero, ya ves, Mariana, yo siempre tan bruto que no me di cuenta de nada sino hasta que ya era muy tarde, o sea, cuando pronuncié aquel sí, ante el cura panzón de la parroquia del barrio, esa tarde de marzo, aquel claro que sí, que al decirle le dio a un niño regordete y coloradote la consigna de que había llegado la hora, digo, que me pasara el anillo que yo tuve que ponerle a Queta y ella, entre llantito y llantito, tomándome la mano izquierda, me susurró, presta que te pongo el tuyo y todo eso, dándome tardíamente la clave que en efecto, que sí, que estaba atrapado y la música de órgano que tocaba a lo lejos y los fotógrafos, siempre los fotógrafos solicitando sonrisas y otra sonrisa y ella que se limpiaba las lágrimas con un pañuelito de encajes que decía que había sido de su mamá o de quién

sabe quién, mientras que a mí me salía una mueca que quedó grabada para siempre y que debe ser esta misma que llevo aún bien clavada en la cara porque si no ¿por qué, carajo, este García no deja de mirarme en forma tan rara? Me levanto, camino, saco el pañuelo, me seco el sudor de la frente y vuelvo a asomarme por la ventana y veo a unos niños que juegan bajo este sol nublado de las nueve y el sol, el sol gris que brilla apenas sobre la plaza—monumento que los políticos de turno erigieron hace años al Presidente José Antonio, alias, Chichi Remón después de que lo liquidaron un domingo de enero de 1955, cuando él asistía a una carrera de caballos en Juan Franco, ¡qué vaina! , regreso rápidamente al escritorio, firmo uno, dos, tres, cinco, ya no sé cuántos documentos más, y pensar que el gordo ése estaba como siempre, así, requetecampante contando chistes malísimos y entre chiste y chiste venga una y otra botella de champaña y a celebrar el triunfo de la yegua y lo de haberse zafado al fin de la mafia se ha dicho, cuando sonaron los tiros, tracatacatan—tracatacatan, una ráfaga y otra y otra y los asesinos que llegaban de todas partes, sonrientes, bailando, cantando, se va el caimán, se va el caimán, disputándose el privilegio de tomar parte de esa matanza, de gozar de su sangre que brotó a borbotones salpicando y tiñendo guayaberas, mantas, sábanas, paredes para dejarlo al pobre, ahí, tirado, impotente, con el vientre hecho una mierda, todo un coronelazo que una vez se jactara de poner y quitar presidentes tirado en ese lodo y a merced de unos camilleros que se lo llevaron en calzoncillos a la morgue, pero, ¡concho! , Mariana, ya de eso nadie, pero nadie, se acuerda y ahora lo que importa es que mis hijos estén ya despiertos y jugando con el par de cholitas que los cuidan de día y de noche y que todo siga tal cual

y es que se los debe a ellos y lo demás que se entierre como lo que fue, ¿no es cierto? , y que la gente ya no insista en decirme que hay que vengarse porque yo no soy de esos, qué va, yo, por el status-quo hasta que la tierra me trague, enciendo un cigarrillo y empiezo a calcular cuánto tiempo me tomará llegar desde este Palacio Justo Arosemena a mi despacho, sé que debo bajar por el ascensor, tomar el carro, manejar por la *4 de Julio*, o *Presidente Kennedy*, o *de los Mártires*, o como sea que quieran llamarla, y luego por la *Vía Nacional*, y de ahí, doblar por la *Martín Sosa* , hasta desembocar, después, de un rato, en la *Vía España* y hecho todo esto, comienzo a redactar, mentalmente, una nota a Pérez Dávila, ¡qué rollo! algo en fin que lea, más ò menos, así como que he leído el memo, que cuando vea a Abel Ramírez, digo, al ministro, insista en que se aclare cuanto antes lo de la acusación del “Wall Street Journal” y que cuando logre eso, si es que lo logra, que nos reuniremos, aunque eso último mejor ni lo mencione porque él, tan acomplejado, querrá tomar la iniciativa y se resentirá si no lo hace y se romperá lo poco de balance que hay entre ambos, me pongo de pie y miro por última vez a través de las ventanas de vidrio y los niños, allá abajo jugando y haciendo un escándalo horrible y algunos hasta se han sumergido en la pileta del monumento, veo a García, ¡qué tipo para enervarme! , se acerca, coño, lo corto en seco, miro el reloj, las nueve y veinte, es el mismo reloj que me regaló hace más de veinte años mi abuelo Tito, sí, Mariana, el prócer, el de las rosas, desde entonces nunca o casi nunca me lo quito.

—Adios, García —le digo e inclino la cabeza a medida que paso, él apenas se sonríe, ya no me dice nada y yo me siento requetebien, digo, aliviado, es que sabrás que le tengo pavor a caer en conversaciones como ésas que

no llegan a nada y esto lo comenté un día a Pepe, nos bebíamos un par de tragos en el bar del Club y él me daba y volvía a dar la razón porque ése es por genio y figura un escéptico y también porque andaba con Guille Romero y Guille siempre lo altera y lo cargaba cabreado con aquello de que ahora sí, que al Tío Sam nos lo íbamos a comer con sombrero de copa, zapatitos de charol y barbita canosa, sólo porque en el Consejo de Seguridad los rusos y los chinos nos habían dado su apoyo en lo del Canal, y Pepe que punzaba a Guillermo, lo llamaba desde puta vieja, a vende —patria de mierda y yo, ya me conoces, cambiando el tema, Mariana, preguntándole a Pepe qué había hecho la noche anterior y es que me fue entrando de veras pánico que a Guillermo le diera un faracho y cayera, ahí, muerto y yo quedara bien embarrado de toda esa mugre, pero, ya ves, el asunto pasó y ellos siguen siendo amigazos del alma y sólo yo, cuando los veo, les salgo huyendo, entro al ascensor, es el mismo descarcarillado e inmundo por donde subí y hasta ahora es que descubro que no hay otro, sólo éste tan pinche, para semejante edificio y veo a Lombardo que vuelve con la tal reverencia y otra vez a abrirme el portón y apenas lo escucho cuando me dice algo así como

—Hasta pronto, don Tito, y comienzo a echar cuentas, dos, ocho, doce, es inútil, no sé ya cuántos son los años que este hombrecito tiene a su cargo eso de abrirle la puerta a la gente porque le recuerdo allá, en la antigua Asamblea, o sea en el Palacio de Justicia de las Bóvedas cuando yo era un niño baboso y papá, vestido de Sharkskin blanco, con hebilla de oro con sus iniciales, pañuelo de hilo y perfumado con media botella de Jean Marie Farina se paseaba por los corredores de la Asamblea, oiga, señor diputado, lo llamaban, le pedían

favores, y él pronunciando discursos larguísimos de esos de pico—de—oro, él hablándole a un grupo de campesinos de Río Grande, no jodan muchachos, bueno total sólo faltan diez días para las elecciones, y si ustedes me reeligen yo les prometo la pensión para la viuda Hernández, y que nombren a Chico y a Memo, y aquellos que se iban y papá carcajeándose, los mandé a comer mierda a esos cholos pendejos que sólo saben joder, y joder, y joder, y yo abriendo los ojos, así, de grandes, abro la puerta del Mercedes, me quito el saco, me siento, enciendo la radio, itremendo macho, mi viejo! , acelero, doblo por la *4 de Julio*, a la izquierda la Zona del Canal, digo, Panamá—la—verde, Panamá—la—blanca, Panamá—la—del—embrujo—tropical de los boleros de Fábrega y la—del—sol—brillante del poema de Miró, y a la derecha, la otra, Panamá—la—horrible, sólo que aquí no hay Salazar Bondys para denunciar la pobreza, la mugre, vuelvo a doblar, la Avenida Nacional, las fachadas sin pintar, las caras de horror de la gente, los cuartuchos estilo dejamos—ayer—el Marañón—o Calidonia con tienda, bar, restaurante, agencia de perfumes o carros abajo, el aire acondicionado apenas enfría, ajusto el termostato, atravieso uno, dos, tres, semáforos, todos bien coordinados, además, desemboco en la Transístmica, un simulacro de autopista, las casuchas de tabla con gallineros y ropa colgada de los alambres, edificios enormes, una ciudad del Tercer Mundo, o—en—vías—de—desarrollo o subdesarrollada para decirlo sin poesía, enciendo un cigarrillo, el humo que se me ha ido por la garganta, toso, icoño! , otra vez la fiesta del viernes y Queta gritando y Maruca González, cabrona, como siempre cabrona, tendida boca abajo en el suelo, ioiga, Usted! los gritos icontra la pared y ponga los brazos en alto!

y Wilson que se me acercaba, what a delightful party, this is the only way to get to know Panamanians, piso el acelerador, *Firestone*, la mejor llanta del mundo, giro, agarro el carril de la derecha, el semáforo de la Martín Sosa, a lo lejos La Cresta, el costado trasero de la casa de los embajadores americanos: una avión de Air Panamá con veintidós personas a bordo, incluyendo a la tripulación, partió ayer a las 12:02 p.m hacia Trípoli capital de Libia, a bordo iban, entre otros, el Nuncio Papal, el Arzobispo de Panamá, y los Embajadores de Venezuela y México que se ofrecieron voluntariamente a acompañar a los terroristas para asegurar su partida; tres personas... cambio rápidamente la estación, me distraigo escuchando a otro que habla sobre un curso de capacitación para cincuenta dirigentes comunales que hubo en Capira, cuando era novio de Queta, no, me corrijo, aún no era novio pero ya iba a buscarla casi todas las tardes a su casa de Altos del Golf, íbamos al cine, salíamos a pasear por la Avenida Balboa, se organizó un día aquel paseo a Coronado, pasamos por Capira, por Cerro Campana, compramos tomates, lechugas, naranjas y Queta que llevaba aquellos shorts que le hacían resaltar los muslos de ella tan pecosos, tan pecosos como un par de zapallos bien maduros, en esa época no había comprado el Mercedes, no, manejaba un Malibú rojo y Chale, mientras nos desnudábamos en casa de los Paredes, me dijo aquello de que si Queta y tú vinieron juntos a Coronado a pasarse el día, ahora te tienes que casar con ella y yo, preocupado largo rato con aquel comentario, después indignado, ¡qué vaina! no había ya nada qué hacer y la besé, me di gusto besándola en público, se armó el alboroto, las risas, las bromas, la pecosa Queta, la pelirroja Queta tirada en la arena y yo besa que besa, sintiéndome rebien, total para

imbécil con una bastaba y, de ahí, al noviazgo se ha dicho, desemboco en la Vía España, esto es un juego de luces, buses, taxis, carros, motocicletas, peatones, ¡qué carajada! , llego por fin al garaje del First National City Bank, me estaciono, entrego las llaves al portero,

— Buenas, Cedeño.

— Hombre, don Tito, no joda, así que quedó usted enterito.

— Sí, viejo.

— Ta'bueno, me sonrío, me cae bien este Cedeño, jamás un problema con él, llamo al ascensor marco el cuarto piso, siempre estoy subiendo y bajando, bajando, volviendo a subir, pareciera que a eso se redujera mi vida.

— ¡Don Tito! —oigo la exclamación de Marta que me saluda y la veo, veo a mi secretaria que se levanta y me abraza y yo me siento incomodo y la abrazo también y hubiera dado cualquier cosa para que esta escena se hubiera omitido del programa, pero qué va, el asunto es siempre un ritual con sus juegos, jueguitos, juegotos, y sé que todavía no se ha acabado, que falta que me pregunte por Queta y los niños,

— Todos bien, Marta, todos bien gracias —la corto, ya basta. —¿Alguien?

— ¿Esperando?

— Sí

— Dos clientes y un periodista

— ¿Con cita?

— Ninguno

— Entonces, ya sabe como es la cosa y ni una palabra a nadie de nada.

— De acuerdo. Doña Queta lo ha llamado ya tres veces. Dice que le avise si va a ir a la casa a almorzar porque de no llegar usted se va con los niños a donde sus

padres.

—Llámela y dígale que tengo asuntos urgentes y a las doce y media me ordena una lasagna al *Sarti*.

—Muy bien.

Paso a mi oficina, abro la puerta, enciendo las luces, y de ahí al escritorio, los cuento, diez pasos, y sé que en casa de mis suegros la vida seguramente sigue el ritmo de siempre, abro la gaveta de la mano derecha, saco la pluma, me pongo los anteojos, Queta estará ya junto a la piscina y con ella Julia, Alicia, Mariela y Antonia y los niños dando vueltas y más vueltas con las cholitas, reviso mecánicamente la correspondencia, Queta tomará uno, dos, tres, *Gin and Tonics* para los nervios y vendrá Eugenio, ¿qué desean comer las señoras? ¿la langosta? sí, la thermidor de cuando llega la gente y el cocinero se marchará a prepararla y ellas se llamarán, darling, y dear e intercambiarán confidencias y chismes y sobre todo querrán hablar del secuestro, del maldito secuestro, y por último terminarán planeando la próxima fiesta de cumpleaños de Guille o Alberto o, seguro, la mía que ya falta poco, separo un sobre de *Lehman, Goldman and Loeb*, la piscina de esa casa se utiliza cada día menos y menos, ahora sólo la llenan cuando Carmela y José dan una cena y se encienden todas las luces verdes y los reflectores de las palmeras, pero eso ya casi nunca sucede, por lo menos, nada como antes, o sea, como cuando Queta y yo éramos novios y los domingos llegaba un mundo de gente, amigos y parientes de amigos y esa manada sobregirada en la vida, se tomaba un par de cognacs hechos con la receta del Club que preparaba mi suegro y todos quedaban saltando, brincando, contándose chistes macabros, se servía la langosta de Eugenio, una ensalada tal vez, y mi suegra, alta, delgada, pelirroja, que entraba y salía de la piscina, que

se ponía aquel kimono amarillo de lunares anaranjados y hablaba de los matrimonios de la semana y, de ahí, al tema de los divorcios y de los reinados de carnaval, y soñando con ser el prototipo de la versión panameña del American Way of Life o, mejor, aún, de los Beautiful People, pero, aquellos week-ends sin fin tuvieron su final y todo fue por ley natural, como tú hubieras dicho, sí, Mariana, como las hojas que se desprenden, amarillas, de los árboles, y los mangos y las papayas y las naranjas y los limones que, al envejecer y pudrirse, cobran ese aspecto negruzco, arrugado y ese olor repelente, agrisado, repugnante, digo, como aquella acusación tuya de que yo he sido la causa y, si no la causa, la fuerza motriz de todo lo sucedido y también como aquel tono que utilizabas, helado, de haberme prostituido al casarme con Queta, esa “negación elegante”, ¿recuerdas que así la llamabas? Te veo, ¡qué claramente te veo! , sentada sobre tu cama —nuestra cama— frente al espejo, te habías quitado los zapatos, leías un libro y de pronto lanzaste la frase en forma calculada, esa prole, Tito, todos ellos manicuradísimos y sonrientes, y yo explicándote, sí, explicándote que lo sucedido no tuvo sus orígenes en ella, que lo de Queta fue un accidente o un incidente más sin trascendencia, que yo no he hecho sino cumplir con las reglas del juego y llama a esto un trip más o una fumada más with the famous micromite filter, llámalo como quieras, amor, pero lo cierto es que a esto se va y se llega por un solo camino que tú conoces, correcto, y que rehusas transitar, correcto, y es por eso, Mariana, que aquí me tienes vestido de gris, para venir a la oficina, empleando a Marta para que me atienda a los clientes, manejando un Mercedes 350SL plateado, y esas son las cosas que tú atacabas con gestos hirientes y palabras punzantes, afiladas como picahielo, icarajo!

no seas terca, Mariana, y comprende que Queta sí es necesaria, con todo y sus pestañas falsas y sus baños de belleza de tres horas y sus expresiones de “¿darling, por qué no me lo dijiste antes?”, ella sí es necesaria, sí que lo es, aunque te rías, ella cumple con una barbaridad de funciones de relaciones públicas, me acompaña a almuerzos y cenas, va a funerales, lleva a los niños todas las tardes a casa de mis padres y sus padres, sale de compras con las esposas de mis socios, visita a los amigos en los hospitales y les envía arreglos florales, ¡contra! , ya basta, tú sabes muy bien lo que he querido decirte, no te hagas la tonta y es que ella es dedicada, no es mala gente and please, Mariana, don't call it shit, que no lo es, Mariana, ¡contra! , no lo es.

—Don Tito, la secretaria de Pérez Dávila en la línea—
Oigo la voz de Marta que entra y afuera llueve y el aguacero que cae, fuerte, monótono, y las ventanas que se han empañado.

—No quiero hablarle, ahora. Dígale que nos reuniremos, tal cual, a las cinco.

—¿Nada más?

—Nada, Marta, y por favor que no pase nadie.

—Está bien.

Levanto la vista, frente a mí, la foto de Queta y los niños, la que se tomaron hace poco y Robertito me entregó una mañana temprano envuelta en papel de china y todo eso, saco el pañuelo, me lo paso por la frente, Roberto está serio, Rodolfo, con esa sonrisa de él tan deliciosa, Rodrigo... bueno, Rodrigo no se puede decir que tenía realmente facciones todavía. Observo a Queta, la misma, y pensar que en marzo se cumplen cinco años, ¿el año pasado?, enciendo otro cigarrillo, ¿o fue hace un par de domingos?, ella organizando aquella fiesta en nuestra villa, allá en Playa Coronado, el

sol era brutal, dejo caer las cenizas, los árboles recién sembrados, los niños nadando en la piscina y yo tomándoles fotos, cáptelo con nueva Rollei 35, Queta, repito su nombre, todo empieza con un contacto casual, estamos dormidos casi, digo, casi a punto de dormirnos, las otras villas repletas de gente, el campo de golf como un manto verde con el mar y la montaña al fondo, los invitados llegando, la música; ¡hola ricura! , los cuerpos bailando, el ritmo agitado, los mesoneros del Club, ahí, los mesoneros impávidos, deslizándose, whisky con agua, con hielo, con soda, whisky en las rocas, how charming of you, Garrido, to give this party in our honour, our pleasure, Mr. Ambassador, los gritos, Maruca González, histérica, los gritos, Maruca González, cabrona, Queta, la vuelvo a mirar, vuelvo a mirar a mis hijos, sólo por eso valió la pena tocarla, me siento y busco un cenicero y echo las cenizas y luego la cabeza hacia atrás cerrando los ojos, cada nacimiento de un hijo es una nota original en el programa, cada nacimiento es como si los demás nacimientos fueran sólo eso, Mariana, un nacimiento, allá lejos y en abstracto, una palabra escrita en los diccionarios: “acción o efecto de nacer”, abro los ojos, me quedaba ahí, alclado, ahí, frente al ventanal de vidrio de la sala de maternidad del San Fernando una hora, o algo así, mirándolo, mirando a mi hijo recién nacido, y le observaba la nariz y todo su cuerpecito tan perfecto y hasta las uñitas me parecían bellísimas, un placer grande, inmenso, gigante, un placer demasiado hondo para hablarte ahora de eso, amor, me levanto y doy unos pasos, pero esta tarde, ¡no! , esta tarde no habrá nada y por nada quiero decir palabras, gestos, expresiones. que me hagan consciente de lo mucho que quiero a mis hijos y los niños estarán probablemente cenando en su cuarto repleto de juguetes

y las cholas estarán cargando a Rodolfo y Rodrigo y los alzarán para que yo los bese y ellos olerán delicioso y Robertito, qué va, él no estará en brazos de nadie, sino jugando con el tren eléctrico o con el Pato Donald que le trajimos Queta y yo cuando fuimos a Orlando y Queta pasará tal vez por ahí, si es que está en casa, o sea, si no se ha ido de compras con Julia o Mariela y fruncirá el ceño y le brotarán algunos pliegues alrededor de los ojos y con la mano distraidamente acariciará el mechoncito de pelo rubio de Rodolfo y ella y las cholas repetirán aquello de no sean así muchachitos desgana-dos, y llamarán Bobicito a Roberto y le ordenarán que ya te hemos dicho que no te columpies en la sillita guatemalteca que te regaló la abuela Carmela y bébete esta cucharadita de sopa por mami, por papi, esta otra por los cuatro abuelitos y yo, a todo esto, ya me conoces, Mariana, yo a todo esto con los brazos cruzados y mirando aquel cuadro en silencio, a sabiendas de que yo ahí estoy de sobra, apago el cigarrillo, los beso, los abrazo, pero, ¡coño! , no sé en qué consiste este amor, no quiero creer que sea solamente por egoísmo o sea por verme reflejado genéticamente en ellos, ni tampoco por un sentimiento de responsabilidad que los quiera, no, claro que no, vuelvo a sentarme, pero, ya ves, estas son las cosas que nunca he podido conversar con Queta y es que lo de nosotros nunca ha ido más allá de los anteojos oscuros y los viajes nocturnos en carro y cuando una vez le pregunté qué creía ella que era la paternidad, me contestó, ¡Tito, por Dios, es tener hijos! , y comprendí que no había nada más qué decir y hablamos palabras y más palabras y todo desembocó en el tema de la zambullida en la piscina y ella estaba frente a mí en bikini, luciendo la maldita sonrisa y con un *Gin and Tonic* en la mano y yo me sentí, amor, de pronto

envejecido más confundido que nunca y con unas ganas enormes de lanzarla a volar por las calles, pero en vez me reí y le celebré sus sandeces y ella que seguía con la risita de idiota, perfectamente compuesta y moldeada con la arcilla de *Vanidades* o *Buenbogar* que me puso los pelos de punta y me hizo recordar a mi padre, el único hombre que conozco capaz de sostener a voz en cuello que yo, Roberto Augusto Garrido III, soy el Hijo del Hombre que vino a sellar para la posteridad su linaje y a desempatarle de los otros, de los felices y los amargados, de los mediocres y retardados, de los fuertes y débiles, y por eso desde que nació hizo grabar mi nombre en cucharitas, platos y vasos de plata y de ahí pasó al rotulito para mi pupitre, cuando yo aún estaba en La Salle y, luego a la Parker, al reloj de pulsera y, más tarde, más tarde, todo se redujo a iniciales y tuve prendedores y mancuernillas y hebillas de oro con aquel RAG, reluciente, que él ha llevado incrustado en la frente, en el corazón, en los ojillos de él, miopes, y lo ha paseado, también, por los pasillos de la Asamblea mientras aseguraba a Mr. Gibbens, el contrato de protección arancelaria se firma mañana, y celebraba con un Martini bien seco sus nombramientos a este o aquel cargo directivo dentro de las empresas multinacionales de Gibbens — Mac Gloskey Yankelovich — Bell, y ya nadie le pregunta por el monograma porque lo conoce de sobra y, ahora, él lo ha hecho poner en los palos de golf que un día voy a heredar, en el portón de la finca de El Valle, en los inmensos trofeos que gana con sus caballos de carrera y creo que hasta en el estuche de las fichas de dominó que juega y yo habré de jugar, como él, los martes y jueves en la terraza del Club.

Tito Garrido se levanta del sofá de su despacho y hurga en los bolsillos del saco para descubrir que el

encendedor que anda buscando está sobre la mesa, ahí, frente a él. Entonces, va hacia la ventana, enciende otro cigarrillo y lo peor es que lo hace a sabiendas de que no podrá fumarlo y estar a gusto al mismo tiempo.

Garrido se asoma a través de los ventanales de vidrio de su despacho que continúan empañados, trata de sonreír para hacer algo con su rostro, pero su boca permanece inmóvil, atrapada en un rictus automático, preciso, electrónico, uno de esos acomodados a la cámara. La lluvia cae, fuerte, lluvia color de limonada, como todas las de octubre y noviembre, cuando las calles se anegan, los carros se atascan en el lodo, las aceras se convierten en pequeñas lagunas, los ríos, el Matasnillo sobre todo, se desbordan y en las escuelas se suspenden los recreos. Cuando yo era pequeño, Mariana, y cuando tú eras pequeña, eso es, y supongo que, ahora, habrá de ser lo mismo, era cuando estas lluvias, ¿te acuerdas?, que nos mandaban a leer en alta voz las Rimas de Bécquer y los extractos de Fray Luis y aquel Montalvo que nos ponía a roncar casi al instante y en la noche reuniéndonos todos para jugar al sun-sun de la calavera y Pepe, cubriéndose con aquella sábana blanca, y venían los cuentos de miedo y a esconderse en los cuartos de la casa blanca de las rosas rojas de mi abuelo Tito y nadie, más despreocupado que nosotros entonces, ¿no es cierto?, vuelvo a sacar de mi billetera, donde la guardo, tu fotografía, te observo, los pómulos altos, los labios carnosos, la barbilla redonda, la delicia de acariciar tu piel, de volver sobre esas huellas hasta donde comienza la energía original y se recobra la infancia perdida y por esos peldaños recoger el tiempo que ya

falta y sacudir, así, el polvo de la soledad que nos define y tú me preguntarás, amor, claro, y tendrás razón, tú me preguntarás, bueno, y a esto te diré, Mariana, — tu — mi — ley — natural, tu — mi — conciencia, que “cuando no hay más futuro (como no hay ya futuro para ti conmigo ni para mí contigo), sino un sólo presente fijo / todo lo vivido, revive, ya no como recuerdos / y se revela la realidad toda entera en un solo flash”* y, así, en ese momento del flash o de la otredad o como sea que querramos llamarlo, descubro que conocerte fue viajar hacia el terminal de todos los caminos, hacia la puerta abierta que conduce al infinito, pero ya ves, yo no lo supe entonces, no, y fui botarate y creí que si te tenía y te poseía toda mía, toda entera por rincones y avenidas, te tendría siempre, ¡qué bellaco! , y lo más probable es que si se volviera a dar ese pasado, si yo volviera a contar con un futuro, volvería a cometer el mismo error y volvería a pedir más y más, volvería a añorar un beso mejor o quizá diferente, o desear el coito inefable, ya todo fuera del tiempo y apartado, por ejemplo, de esta luz del teléfono que ahora se enciende para avisarme que hay alguien en la línea y que debo levantar el auricular y hablar y mientras lo hago, miro la alfombra marrón, las cortinas amarillo oscuro, el sofá, los dos sillones de cuero, la mesa con cuatro ceniceros, este cuarto, en fin, que ha sido decorado todito por Queta y que impone la presencia de mi mujer aquí, allá su sentido de belleza elaborado en clichés, sacado de *House Beautiful* o de *House and Garden*, o a lo mejor de esas otras revistas con copyright en Venezuela, B.A. o México, que ella compra por cerros cada semana con la esperanza de salir retratada en ella algún día, o para enterarse acerca de la vida íntima de Grace Kelly, o cómo ser la mujer ideal para un superhombre, o cómo brillar en la intimidad sin

que él se asuste, o tal vez aprender siete trucos fáciles para adelgazar, porque Queta es la mujer con la más exquisita cultura de revistas y dime, Mariana, —amor—, Mariana, ¿qué más me queda sino mirar el reloj para descubrir que ya son las diez? , digo, que cada minuto es una hoja más que se desprende, o mordisquear, tal vez, el lápiz, mientras escucho a Marta que habla y revisar unas cuartillas que ella me ha dejado sobre el escritorio?

—De acuerdo, pase la llamada, Marta.

—Dígale a Mi Coronel que con el mayor gusto repetiré al Presidente y a los miembros del gabinete lo que le conté ayer a él.

—A las cinco en la Presidencia, de acuerdo.

No, para mí, no, pero para cuidar la vida de mis hijos, quizá, dos en casa, todo el tiempo

—No se preocupe, no ofreceré entrevistas a nadie. Comprendo que la seguridad nacional está en juego.

—A las cinco en la Presidencia. Hasta luego y gracias por su interés. Adiós, adiós.

Marta entra y me entrega los periódicos, conjuntamente con la correspondencia que ha traído el mensajero y, ahí, en primera plana, la veo, la noticia, sí, ahí está, abarcando toda una página, me quedo pasmado, le han dado un despliegue brutal: EL VIAJE ANGUSTIOSO, la leo y la releo, el sensacionalismo y William Randolph Hearst quedándose como un enano baboso ante esta morbosa versión de los hechos ocurridos ayer en la mañana, me detengo ante la fotografía del autobús en marcha, busco la levenda y ahora lo sé, sí que lo sé,

no se trata de un mal sueño, todo, contra ha quedado colgado, ahí, ahí está bailando sobre las letras, bailando:

El grupo de guerrilleros con sus rehenes mientras cruzaban por las avenidas de Panamá, rumbo a Tocumen, donde un avión de Air Panamá aguardaba a los guerrilleros, presos rescatados y a la misión del Arzobispo y los miembros del cuerpo diplomático para conducirlos a Trípoli, capital de Libia. En el extremo derecho, entre sombras de otros viajeros, se destaca el rostro del Ministro de Comercio, Doctor Abel Ramírez, en medio de dos fusiles. En la siguiente ventanilla, se destaca también las cabezas de los ingenieros Juan Alberto Rivera y Joaquín Menéndez y, delante, el rostro encapuchado de lo que parece ser una muchacha guerrillera. En la otra ventanilla, siempre de izquierda a derecha, don Antonio Vallarino, en primer plano y el Doctor Ricardo Arosemena, nuestro embajador ante la ONU, al fondo. En las dos últimas ventanillas, una cabeza encapuchada de otro de los guerrilleros, varios fusiles y la efigie clara de medio cuerpo de uno de los secuestradores.

Tito Garrido, aturdido, vuelve a encender un cigarrillo, pone a un lado el periódico y echa un vistazo rápido a la correspondencia, pero no es posible que logre concentrarse en nada y vuelve a levantarse, da varios pasos alrededor del escritorio y, luego, va hacia el pequeño bar que tiene en su despacho y se sirve un trago bien cargado, y es que esto del secuestro, ¡qué vaina! , Mariana, esto será algo que se tendrá que digerir muy poco a poco, ni el Gobierno, ni el pueblo, ni nadie podrá olvidarlo así nomás, tragárselo de un sorbo, tal como yo

lo hago, ahora, con el whisky, mientras leo la descripción de la noticia, según declaraciones del Arzobispo, hechas poco antes de abordar el avión, rumbo a Libia.

“Después de tantas horas de exacerbada tensión, el momento más trágico para mí fue nuestra salida de la casa del Dr. Garrido hacia el autobús. Fueron en realidad momentos de inmensa angustia”. Así comenzó ayer su narración para *EL MATUTINO* el Señor Arzobispo de Panamá y jefe de la grey de este país, relatando lo que constituyó el epílogo de una jornada en la que él fue figura principal, como mediador en los hechos que toda la ciudadanía conoce. Continuando el relato de la salida hacia el aeropuerto, el Arzobispo indicó que bajo instantes de suma tensión salió del lugar, él primero, luego el Nuncio Apostólico, después los embajadores de Venezuela y México y finalmente los rehenes y guerrilleros. Minutos antes, a petición de los captores, tanto él como el padre José Rodríguez que fungió en esas horas acuciantes como su secretario, inspeccionaron minuciosamente los alrededores de la vivienda, situada en la lujosa Urbanización Obarrio, luego de pedirle a los efectivos del ejército que se retirasen y despejaron el lugar.

ORDENAN VIA LIBRES

Desde el mismo momento del arranque del vehículo, la tensión creció porque los guerrilleros exigieron al conductor del bus que no respetara los “altos” y que si no lo hacía así peligraba su vida. El bus de la CUTSA, cargado de rehenes y guerrilleros tomó a gran velocidad rumbo hacia Tocumen por

la Vía Ricardo J. Alfaro. Hubo que hacer un alto al llegar a la circunvalación cerca de la Cervecería, pero los guerrilleros exigieron al conductor que siguiera sin respetar las leyes de tránsito. Entonces, Monseñor gesticuló a los vehículos que venían en preferencia para que se detuvieran.

UNA BANDERA Y UNA GRANADA

Todavía con la natural angustia de esos instantes, Monseñor recuerda vívidamente la figura joven, muy joven del guerrillero que ubicado junto al chofer, cargaba en la mano izquierda una bandera del Grupo y una granada de fragmentación con el dedo metido en el aro del seguro, listo para zafarlo. En la otra mano portaba montada una metralleta. Mientras tanto, todos los demás captores (doce aproximadamente) tenían sus armas bala en boca.

UN CARRO INOPORTUNO

Pero, quizá, el momento de mayor zozobra para Monseñor, sus acompañantes diplomáticos y rehenes fue cuando, al ocurrir el trasiego de personas de la casa del Doctor Garrido al autobús, acertó a pasar, ya despejada la vía de militares, un vehículo particular y el guerrillero que vigilaba la operación lo detuvo violentamente gritándole, "párese o lo mato". Monseñor fue, entonces, a explicarle al conductor del vehículo y le pidió que se retirara del lugar. Otro vehículo, también quiso pasar por el lugar y Monseñor, una vez más, intervino para que se regresara y no pasara por allí. En esos momentos la tensión era inmensa.

Al llegar al cruce entre la Ricardo J. Alfaro y la Transístmica, el chofer del vehículo en que viajaban los guerrilleros con sus rehenes, así como también los mediadores, tuvo por fuerza que frenar por el semáforo que hay en esa intersección. Un guerrillero, quizá el más joven de todos exigió al chofer que no bajara la velocidad. Intervino, entonces, una vez más, Monseñor para explicarle que podría ocurrir un accidente y que era mejor que el bus hiciera el alto. El comandante de los guerrilleros aceptó la sugerencia.

INTERVENCION DE MONSEÑOR

¿Cómo fue que Usted, Señor Arzobispo, intervino en los acontecimientos? El nos responde:

“Como cristianos y amantes de la paz, somos profundamente partidarios del diálogo. En tal sentido, entendimos y sentimos que era nuestro deber intervenir en aquellos sucesos para evitar más tragedias y derramamiento de sangre. Hicimos, pues, todo lo que estuvo a nuestro alcance para que se arribara a una solución sin violencia.” Y, luego continúa: “Queremos enfatizar algo que nos parece de vital importancia en las relaciones con la convivencia humana: el diálogo bien llevado y conducido soluciona satisfactoriamente cualquier conflicto por muy delicado que sea, cuando las partes en pugna tienen buena voluntad y espíritu de conciliación”.

Poco antes de terminar sus declaraciones, Monseñor señaló que las negociaciones se llevaron a cabo dentro de un clima de mutuo respeto.

Garrido termina de leer la noticia, tira el periódico a un lado, se arrecuesta en el sofá de su despacho, cierra los ojos para abrirlos inmediatamente y más por instinto que por otra cosa toma una revista, "Requiem por las guerrillas rurales", lee el encabezamiento del editorial de *Visión* de hace un par de semanas: "A partir de 1965, los ejércitos locales derrotaron de hecho las guerrillas rurales del Perú, Venezuela, Colombia y Guatemala y las convirtieron en grupos aislados y marginados que no constituían una amenaza para los gobiernos", ¡qué sarcasmo, coño! , bebo otro trago, ¡qué gente esa, ultra-torpe! , Mariana, y comienzo a repetir como un bellaco, *Visión*, sinónimo de imagen, percepción, circunvisión, televisión y el secuestro, ¡contra! , me he quedado solo, negramente solo, con mis muecas y mis arrugas y es que todo ha sido tan fugaz, solo, como un show sin anuncios de cigarrillos Winston y aquí me tienes, solo, repleto de letreros y puertas y palabras que se cierran y tú, luminosa en la pantalla, es hora de dejar de correr, solo, tocan a la puerta, pasen adelante, digo, no me oyen, sí, pasen, pasen, pasen, solo, nada, siguen toca-que-te-toca, todavía está lloviendo, solo, veo a papá que entra, me lo quedo mirando con ganas de decirle, oye, tú, ¿que diablos haces aquí? , pero en vez le digo un

—Hola, papá —que suena bien cortés y me pongo de pie para abrazarlo

—No tengo mucho tiempo, —él siempre con sus aclaraciones, y qué va, no me abraza, no, ¿para qué? eso sobra, digo, está de sobra. —No has concedido entrevistas, ¿no?

—No, papá, — ¡carajo! , yo siempre requeteco-medido. —Además, el Coronel...

— ¡Qué Coronel, ni que niño muerto! , —la soberbia lo ahoga. —Aquí el de la experiencia política soy yo,

¿qué saben esos militares recién llegados, estos genios de pacotilla de los asuntos de Estado? Tú, ni una palabra a nadie, todavía. ¿Me oyes? Nada. El asunto tiene que ser bien coordinado. Una conferencia de prensa, tal vez, y las declaraciones preparadas de antemano. Ridículo esto que ha hecho el Arzobispo, ridículo, —repite y esto sí que no se lo discuto.

—Ya.

—Ya, ¿qué?

—Que lo del Arzobispo ha sido una metida de pata soberana. —Y trato de sonreír, pero, ¡qué vaina! , me sale en vez una mueca automática de esas de, sí, papá, aquí me tienes a tu antojo, y él lo capta y, satisfecho, camina por el cuarto y sin mirarme siquiera me pregunta desde la ventana:

—¿Leíste ya el comunicado de los guerrilleros?

—No, no he tenido tiempo.

—Pésimamente redactado, fruto de mentes retardadas, acomplexadas, desquiciadas.

—¿Crées, tú?

—¡Cómo! , ¿es que siquiera tienes dudas? ¿Qué te pasa a tí, ah? —Y se hace un silencio que parece definitivo, nos quedamos mirando y yo sé que allá, por lo bajo, él me está llamando desde pendejo, hasta grandísimo come mierda y cuidado que hasta mucho, mucho más, lo veo salir, ha tirado la puerta sin disimular su enojo, no hay nada más que decir y él; lo sabe y yo, amor, de tantos años a su lado lo adivino, aunque siga reclamando con la terquedad de siempre su presencia y tal vez hasta un apretón de manos que no tenga este tufo horrendo a indiferencia, me sirvo otro trago y comprendo que eso es todo, eso es, todo, todo, todo, tal como lo ha pensado él y yo también, aunque yo siga buscando empecinadamente otras cosas, encien-

do un cigarrillo, y tu voz, amor, tu voz aquí diciéndome, Tito, no hagas de eso una empresa, exhalo el humo, deja que el asunto fluya, me lo decías a cada rato, se trata de algo así como la respiración que sigues viviendo y te topas con algo y lo ves y te ve y a veces es hasta un puro golpe de amor y sigues viviendo y ya has dejado a un lado esa fraseología de búsquedas y encuentros y exploraciones y, tarde, comprendo, como siempre tarde, que tú sí andabas en un momento de lucidez, de fognazos de verdades cuando me dijiste todo aquello. Voy hacia la grabadora, pongo la cinta que grabé hace unos días en aquella reunión con mis colegas poco antes de que los negociadores nos reuniéramos con Bunker, hay que refrescar todo lo dicho entonces, sobre todo antes de esta tarde cuando nos veamos en la Presidencia, aprieto los botones de la grabadora, la luz se enciende y el olor a colonia que sigue aquí, Mariana, la misma Jean — Marie Farina que ha usado el viejo desde que yo recuerde, el aroma penetrante a colonia, a tabaco negro, entrelazándose, y de pronto la voz de Gaudio, ronca, levantándose como una descarga; ¡preparen, apunten, fuego! : el Tratado de 1903, es un documento leonino, una estafa que nos ha dejado con una soberanía mediatizada en la Zona del Canal y el Gobierno de los Estados Unidos gozando a sus anchas de nuestra privilegiada posición geográfica y poniendo ésta al servicio de sus intereses y de su economía, y tú y yo, amor, aquella noche, los dos en la terraza del Teatro Nacional y yo tomando tu rostro entre mis manos, descubriendo la magia inmensa de tus ojos, esa jeringa se acabó, Señores! , tus ojos mirándome y yo mirándolos y sintiendo a raudales tu ternura. tu suavidad de terciopelo, ¡ahora el mundo entero lo sabe y el pueblo panameño no está dispuesto a rendirse más nunca a ningún

amo! , tu figura de pie contra la noche, tus caderas, tal vez un poco anchas, lo han hecho para jodernos, sí, para jodernos, yo conozco bien a esos gringos, Gaudio se exaltaba, contra toda autorización contractual han militarizado la Zona y han puesto en ella emplazamientos nucleares sólo para jodernos, para comprometer la seguridad de nuestro pueblo y la neutralización del Canal a que tienen derecho el Estado panameño y los demás Estados del mundo, la inocencia casi infantil con que me pediste que te encendiera un cigarrillo, no temas que no te voy a hacer nada, me dijiste, y yo respondiendo con lo que tú creíste que fue una muestra de ingenio y no era sino una cita de Taylor, Fear is the mother of foresight, tu carcajada sonora, ¡ibas no! , óigalo bien Garrido, ¡ibas a ningún precio! , tu risa de anaranjado puro brotando luminosa, corriendo como azogue, ¿no estás de acuerdo con nuestra posición, Garrido? , tú abrazándote de pronto a mi cintura, el asunto, no es tan fácil, el país lo necesita, yo sintiendo por primera vez el toque de tus manos temblorosas, no friegues, también lo necesitábamos en el año tres y por eso lo entregamos todo, menos la neutralidad, ambos cerrando los ojos y el tiempo clavándose para que fuéramos tal vez por un instante la pareja, para que yo reconociera en ti la unidad, en fin la vida misma, la posición de Ustedes es utópica, el que acepta negociar, acepta la transacción y el compromiso, se trata de que lleguemos ambas partes a un acuerdo, el tiempo, amor, ya sin nombres, ni horas, ni apellidos, en este caso, lo ha dicho Bunker, las posiciones planteadas son negociables, tú y yo, Mariana, gozando de nuestra mutua cercanía en ese teatro de palcos dorados, alfombrado en rojo y frescos de Roberto Lewis, ahora es la voz de Reyes, pausada, machacada, la que habla, los gringos no accederán

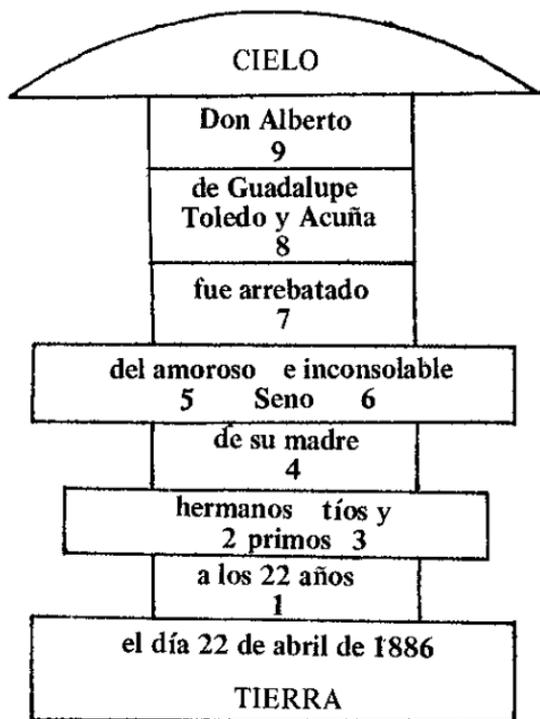
porque sí a una abrogación del Tratado de 1903, yo recobrando el asombro maravilloso de estar vivo, no hay que engañarse, hombre, ellos necesitan legalizar de algún modo su presencia militar en la Zona del Canal y eso sólo lo lograrán a través de un nuevo tratado, las voces continúan, una voz sigue a la otra, vociferan, me es imposible concentrarme y, cansado, voy hacia el ventanal, sigue lloviendo, es la misma lluvia fuerte, color de limonada, el cielo está opaco, pero las voces, Mariana, las otras, que vuelven, que me rebotan en el cerebro, ibases nunca, Garrido, eso nunca! , eran inicialmente sólo cinco, se abrían paso con los fusiles y luego aquel grito prolongado y Elías y Felicidad luchando inútilmente por cerrar la puerta de entrada de la casa que se había abierto en honor de nuestros invitados y la tremenda balacera y las voces, las voces siempre, ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACION NACIONAL! ¡VIVA EL COMANDO URRACA! , y, de pronto, Mariana, la estrechez, los gritos y tú, ahí, con aquella cinta amarilla sobre los cabellos y el humo de los cigarrillos caldeando el salón y los mesoneros, tirados, con las mujeres en el suelo y las bandejas vacías y los vasos rotos y Ricardo Arosemena que se había quitado el saco y aflojado la corbata y tú, ahí, con la cinta amarilla sobre los cabellos. Llamo a Marta.

—Cancele, por favor, lo de Pérez Dávila. Explíqueme que me han citado de la Presidencia.

—Bien, don Tito.

Garrido da unos cuantos pasos alrededor del cuarto, la barbilla le tiembla y se lleva varias veces las manos a las sienes. El dolor está ahí, ahora, estático, y siente cómo lo golpea y su cuerpo se cubre todo de un sudor helado. Las manos temblándole, se las lleva al vientre, las manos temblándole, se palpa el estómago y a la altura del

esófago siente el ritmo acelerado de su corazón y otra vez camina, siempre cabizbajo, hasta el ventanal de vidrio y escucha el chas-chas-chas de la lluvia y el ruido de los carros que pasan, todo tan cerca, además, las manos temblándole y pega la cabeza sobre el cristal helado de los ventanales y vuelve a mirar el reloj, son casi las once, ponte la corbata negra, fue cuando me enteré lo que era la muerte y fuimos a enterrar al abuelo Tito en aquella ceremonia en Catedral, interminable, ponte la corbata negra, yo de once años recorriendo las losas de la iglesia, 1 - 2 - 3 - 4 -, ponte la corbata negra, salté la primera lápida y era como jugar rayuela, ponte la corbata negra, tenía, además, forma de rayuela.



ponte la corbata negra, las voces ahí, ¡VIVA EL
 FRENTE DE LIBERACION NACIONAL! ¡VIVA EL
 COMANDO URRACA! , y los muchachos que jugaban
 en el parque, dame un real, pelao, no loco, dame un
 cuara, era día de duelo nacional decretado por el
 Presidente de la República, 6 — 7 ! bases no! itratados
 con bases no pasarán! , yo saltando otra lápida, “Feli-
 ciano Pascual nació el 27 de julio de 1861 y murió el 28
 de enero de 1869 ilos breves días de su existencia
 colmaron de dicha el corazón de sus padres! su eterna
 separación los ha dejado colmados de un recuerdo que
 es todo tristezas y lágrimas”, el grupo aquél montando
 guardia frente al sarcófago, cubierto con la bandera
 nacional y yo tratando inútilmente de hacer conversa-
 ción con ellos porque hacía horas que estábamos ahí y
 me aburría soberanamente, quédate quieto, Tito, anda
 siéntate junto a tu mamá, me decían, y la familia que no
 se movía de las bancas de la primera fila y los hombres,
 toditos de sharkskin blanco, ¿o era drill 100?, con
 grandes anteojos de sol cubriéndoles el rostro y las
 mujeres, de negro, orgullosas de su capacidad de llanto,
 las-mujeres-todas-juntas-entreguen-las-carteras, y aque-
 llos ojos de ellas, colorados, inflamados, desorbitados, y
 la gente que llegaba y nos abrazaba, how charming of
 you, Garrido, to give this party in our honour, y la fila
 que se atascaba al llegar a la altura de papá porque ahí,
 el abrazo iba acompañado de un discurso que él,
 impávido, escuchaba, gracias, amigo, gracias por acom-
 pañarnos, y el badajo de Catedral que doblaba y volvía a
 doblar, our pleasure, Mr. Ambassador, y el Presidente
 también en primera fila, vestido también de blanco pero
 sin los anteojos negros porque eso era prerrogativa de los
 deudos y con él, los ministros y yo, Mariana, reconocí
 al de Relaciones Exteriores porque era el tío de José

Miguel, mi compañero de La Salle y hacía dos días que andábamos con eso de la muerte y la casa, repleta, día y noche, de parientes y amigos y yo, harto de tanto protocolo y de oír a mi padre que ya no llamaba a la gente por su nombre sino que les decía excelencia, señoría, magistrado, ministro tal-por-cual y luego, la noche de la vela cuando me mandaron al jardín a jugar con Pancho, el hijo del vecino y ahí todo oliendo a rosas, todo reduciéndose a un barullo enorme, las voces que contaban chistes, que rezaban el rosario, el quíntola-crucifixión-y-muerte-de-Nuestro-Señor-Jesucristo— y ahí también aquel EXTRA—EXTRA PANAMERICA—LA NACION — EXTRA — EXTRA — HA MUERTO — EL — PROCER — GARRIDO — PANAMERICA — LA NACION que se me ha quedado grabado y que me hizo caer por primera vez en cuenta lo que significaba la muerte, yo que sólo había visto gorriones y petirrojos y perros y una que otra rata muerta descubriendo la muerte, digo, aceptando el significado, la extensión, digo, dando con el sonido unívoco de la muerte y de pronto, la impresión, aquélla, Mariana, al ver la inmensa fotografía en los periódicos, siempre la misma foto, él un poco más joven y más fornido, la impresión al leer la noticia y yo leyéndola no sé cuántas veces, releyéndola hasta memorizármela, sin comprender, acaso, el contenido: “intensa conmoción ha causado en todo el país el fallecimiento en la madrugada de ayer del prócer, diplomático, estadista, y sobre todo, ciudadano insigne, Doctor Roberto Augusto Garrido, quien fuera signatario en 1903 de nuestra Acta de Independencia y poco después nombrado Secretario de Relaciones Exteriores tocándole, así, ser testigo de todas las peripecias sufridas con motivo de la instalación del nuevo régimen establecido para la Zona del Canal y actor como alto

funcionario panameño de la solución de referendos surgidos entre la administración de la mencionada Zona y el Gobierno Nacional”, y las lágrimas escurriéndoseme aquel sabor salobre, y es que el abuelo no, no había sido eso, nada de eso, el abuelo había sido sólo un abuelo, un maravilloso abuelo que todos los sábados nos invitaba a almorzar y jugaba con nosotros y cultivaba una rosaleta y era dueño de la mejor caballeriza del país que quedaba en Cerro Punta, cierro los ojos, me acerco el vaso con hielo a la mejilla izquierda, me lo llevo a los labios y bebo otro sorbo de whisky, el viejo aquél, el amigo del abuelo Tito vestido de paño oscuro, chaleco cruzado, diamante en corbata negra, mancuernas de oro, leontina y pechera almidonada agarrándome del abrazo, susurrándome, niño, un poco de respeto con la memoria de tu abuelo, y yo mirándolo, abriendo los ojos, así de grandes y comprendiendo que mi abuelo ya sería para todos solamente una memoria, digo, un dato, una fecha, un nombre para llevar guardado en el recuerdo, me arrimé al anciano y me senté, obediente, a su lado y al cabo de un rato me quedé dormido pensando que ese sábado, seguramente, ya no habría almuerzo como los otros sábados y sólo cuando la voz del Arzobispo se alzó hasta llegar al alarido fue que desperté y debió haber transcurrido mucho tiempo porque todo el mundo tenía, ya para entonces, clavada en la cara, la imagen del hartazgo y el cura que seguía hablando, coño, y seguía hablando y hablando y no paraba de hablar y aquel acento alemán duro, chocante, y más chocante aún porque acaba de pasar la guerra y nosotros no queríamos siquiera que nos mencionaran a esa gente y es que, también, allá en La Salle, los Hermanos Cristianos eran franceses y nos habían ensañado a aborrecer a Hitler y Hitler para nosotros quería decir toda Alemania y

además todos los amigos de los alemanes y, así, el Arzobispo era por lo tanto Hitler y seguía vociferando, igual que Hitler, gimiendo, clamando, hipando desde el púlpito y mi vecino que iba meneando la cabeza con disgusto hasta que se hastió y comenzó a murmurar cosas y más cosas, golpeaba el bastón, cosas que yo no podía descifrar y ahora sólo recuerdo que mencionaba a Bossuet y a Enriqueta de Francia y golpeaba y golpeaba con el bastón y dijo algo así como que todo aquello era un soberano plagio, un plagio inmundito y eso sucedió cuando el cura alemán hizo la paráfrasis, que en realidad no era paráfrasis, de un texto de Kempis que todo el mundo conocía:

Dispón y ordena todas tus cosas
según tu querer y parecer y
no hallarás sino que ha de
padecer algo, o de grado o por fuerza;
y así, siempre hallarás la Cruz

Afuera ha dejado de llover. Garrido va al bar y se sirve otro trago: mucho whisky, whisky on the rocks y la cabeza que seguramente ya comienza a darle vueltas. Son tres o cuatro los tragos que ha bebido? Whisky, something special, y Marta que entra, sigilosa como siempre, y le pregunta que si desea que le prepare una taza de café negro y le extiende los diarios extranjeros y ahora es mi foto, mi foto, coño, no la de mi abuelo la que hace la noticia. Le echo una ojeada a todo: miles de palabras escritas en todos los idiomas alrededor de la noticia, *Le Monde*, *L'Osservatore Romano*, *The Washington Post*, *El Día*, *The New York Times* y en este último leo un largo editorial y unas declaraciones del Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Latinoame-

ricanos asegurando que, este asunto del Canal, Señores, habría que haberlo resuelto con rapidez y prudencia, nada de línea dura, pero el Congreso se obscecó y aquí tenemos las consecuencias. Dejo a un lado el periódico y la cabeza que me da vueltas como un trompo, bajo la mirada sólo para divisar que en *Excelsior* el asunto ha ido a parar a primera plana y hasta se han ingeniado para publicar fotografías de la fiesta misma y te veo, Mariana, — Mariana — Mari — Amor, sonriente, abrazada a Joaquín y con ustedes Ricardo Arosemena y Mrs Wilson, todos con una copa en la mano, isn't it a nice party, yes ma'm, a nice party, oh God, separo la vista, a very nice party, pongo a un lado los periódicos y me levanto, todo el asunto, carajo, va cobrando dimensiones gigantescas, ibases no! , óigalo bien Garrido, ibases no! idefensa conjunta no! , y la estrechez y el humo de los cigarrillos caldeando el salón y el brillo del sudor, el maquillaje corrido en la cara de las invitadas y los mesoneros y los del conjunto típico y los músicos sentados con las mujeres en la alfombra y Maruca González, presa de un ataque de histeria, y la guerrillera aquella enmascarada apuntándonos, repitiendo como una autómatas, repitiendo con voz monótona, recitando como una colegiala boba, ¡Viva el 9 de enero! , ¡Por nuestra total liberación! , ¡Negociaciones de cara al pueblo! , ¡Ni una sola base militar! , ¡Soberanía o muerte; Venceremos! y acababa y volvía a comenzar con la misma cantinela hasta que tú, Mariana, te le acercaste y le dijiste algo así como que cambiara el disco y Joaquín soltó la carcajada y fue cuando apareció el jefe y le dio una orden: Cinco, a cuidar la puerta que da a los garajes y supimos que entre ellos se llamaban por números no por nombre propios, 0 - 1 - 2 - 3 - 4 - 5 -, y yo, Mariana, saltando las losas de la Catedral,

“Joaquín Aspriella nació el 5 de agosto de 1823 i murió el 18 de mayo de 1847 i sus inconsolables padres, hermanos i sobrinos le dedican este recuerdo ! lloran su muerte acaecida en plena flor de la juventud” y los guerrilleros con los rostros cubiertos con medias nylon de mujer, 6 – 7 – 8, y la misa, Mariana, la misa que había concluido y el Arzobispo rezando el responso ante el féretro, cubierto, de mi abuelo: *Liberame, Domine de/ morte aeterna, in die illa/ treménda/ Quand coeli/ movéndi sunt et terra/ Dum véneris judicare saeculum/ per ignem* y el féretro que salía de la Catedral y detrás de él aquel olor a incienso, mucho incienso, y el interminable cortejo de familiares, ministros, magistrados, diputados, embajadores, representantes de las Academias de la Lengua y de la Historia, dignatarios de los clubes Rotario y Leones, Hijas de María, vestidas todas de blanco con escapulario de oro, ancianos de la Masonería, y las coronas, millares de coronas fúnebres, grandes, pequeñas, medianas, inmensas, redondas, en forma de cruz, en forma y colores de banderas extranjeras, en fin, Mariana, todo un universo en flores y de flores y las rosas sobre todo, tan amadas por el abuelo Tito: nacionales, importadas, rebuscadas, la centifolia, multiflora, spinosa, spinosissima, eglateria, canina, arvensis, blanda, nitida, carolina, virginiana, setigera, californica, todas ahí, blancas, rojas, rosadas, amarillas, color té, color de mantequilla, con o sin espinas, y yo de la mano de aquel viejo, Mariana, aturdido, olvidado por todos, metido dentro de aquella increíble multitud y, luego, el sarcófago descansando en el gran carro de bomberos con antorchas encendidas, en la Knox, como lo llamábamos los muchachos, y los músicos de la Banda Republicana, en uniforme de gala, entonando durante horas y horas y a medida que caminábamos a paso lento,

rumbo al Cementerio Amador, la Marcha Fúnebre de la Sinfonía Heroica, esto por solicitud expresa de mi abuelo, y después la inevitable de Chopin, y allá atrás, Mariana, la muchedumbre haciendo calle de honor, la multitud congregada en los balcones y hasta en los techos de las casas por donde pasaba el desfile que resultaba inacabable, y es que debían ser ya las tres o cuatro de la tarde y los políticos que se inspiraban y pronunciaban en el cementerio aquellos discursos larguísimos y aburridísimos y todo terminó cuando el Ministro de Relaciones Exteriores, sí, el tío de José Miguel, se puso lívido y cayó al suelo desmayado, y una multitud de periodistas se echó sobre él para fotografiarlo.

Hace rato que Garrido se ha quedado sentado en el sofá, inmóvil, con la cabeza baja. Todo vuelve; cada escena se proyecta como lo que es: una realidad en tecnicolor. El script, Garrido lo conoce y vuelve a cerrar los ojos y ya sabe que no hay nada, eso es, nada, que lo haga olvidar. Es como ser estrella de cine y revivir la escena en una inmensa y cóncava pantalla como las de Cinemascope con efectos sónicos, con reflectores que se encienden y se apagan y él, de director — productor — actor — protagonista — espectador, y tú, Mariana, que aquella noche ibas de negro y yo, detrás, con unas ganas inmensas de amarte y los dos juntos, riéndonos al salir del teatro, vamos a mi cabaña de Las Cumbres, te dije, y nos volvimos a mirar, meciéndonos en nuestro deseo, luego, allá, tirados en la grama, los cuerpos entrelazados, los besos, regando con nuestro amor la tierra, cosechando amor y descubriendo, sí, descubriendo que el amor cuando es amor es sólo amor y más amor y a todas horas amor, Mariana.

Uno que otro ha pensado en Garrido esa mañana. Uno que otro ha comprado el periódico, leído las últimas noticias del secuestro y, tal vez, animado por un instinto de curiosidad se ha detenido a contemplar esa casa de Obarrio que, de la noche a la mañana, se ha convertido en una suerte de teatro desde donde se habrá de medir con un poco de más precaución el tiempo. Uno que otro, también, ha intentado conversar con los criados de esa familia y quizá hasta penetrar las puertas y llegar al interior del mundo ése, guardián, ya, de tantos enigmas. Pero, todo empeño a ese respecto ha fracasado totalmente. Aún nosotros sabemos que, de algún modo, la casa de Tito Garrido nunca más volverá a abrirse como antes del viernes, cuando de vez en cuando, lo buscábamos, seguros de que, si no él, Queta nos acogería con los brazos abiertos. Porque en aquella época de nuestra infancia cuando el tiempo no era tiempo y lo medíamos solamente en términos de navidades y cumpleaños y week-ends nadando en la Isla de Taboga y, luego, cuando llegaban los meses de verano y no hacíamos otra cosa que montar a caballo en El Valle, él ya era una persona hosca. Esa era la época, sí, Mariana, cuando tú y yo teníamos apenas unos años más de lo que hoy tienen mis hijos y tú ya eras huérfana y vivías con tu abuela Lucía y aquellas dos tías solteras en esa casa inmensa, en esa cueva de soledad que es como decir, en una soledad sin fondo, pero nadie, nadie, qué va, nadie entonces hubiera sido capaz de imaginarse que vivir con aquellas viejas era y debía resultar, en efecto, un verdadero infierno, ¡ni de a vaina! , en vez, di tú, a lo mejor creíamos que eso de no tener a un papá y a una

mamá jodiéndolo a uno con la cantinela ésa de no-hagas-esto-haz-aquello el día entero debía ser el mismo cielo y sobre todo, qué envidia, qué envidia gigantesca nos daba verte tan rodeada de juguetes porque tú siempre, ahí, con los mejores juguetes, los más grandes, los más caros, los más raros, la juguetería entera de Felix B. Maduro y del Bazar Francés mudaba a tu casa y por eso y por mucho más el barrio entero envidiándote siempre y hasta idolatrándote a ratos y conste que digo a ratos porque era así, o sea, que no era siempre que te idolatrábamos, sobre todo cuando te daba por sacar ese otro lado de tu personalidad, ¡icontra!, ese lado frío, impersonal y dominante, capazísimo de alcanzar picos incalculables de crueldad como aquella vez en el cumpleaños de Rosarito Prieto que ella mencionó algo acerca de la muerte de tus padres en ese accidente horroroso y es que tu papi fue el culpable porque la gente dice que manejaba como loco, lo dijo de pronto la pobre-tonta de Rosarito Prieto y tú que te quedaste calladita en un principio y sólo la miraste, la miraste así, digo, con unos ojos preñados, macizos de odio que todavía recuerdo y ya cuando nos íbamos, te sentaste en el suelo y nosotros contigo y tú llamando a Rosarito Prieto a tu lado, tú devolviéndole la canastita y los dulces y, a medida que lo hacías, burlándote de la piñata en forma de conejo, y es que en esta fiesta no ha habido nada, le decías, ni Mago López, ni globos, ni rifa, ni regalos, ni película de Pepe Carioca y se ve a la legua que las cosas han sido hechas en casa, no encargadas a Doña Marita y me he aburrido como una ostra y no sé para qué diablos vine, y todo esto lo repetías con tal saña que Rosarito Prieto rompió a llorar desbocadamente, desenfrenadamente, despepitadamente y los demás nos fuimos contagiando y ahí hubo

lágrimas, hipeos, gimoteos cortos, largos, puntapiés, puñetazos y los de la gallada de la calle treinta y ocho y treinta y nueve te quedamos odiando y aprendimos a temerte y tal vez fue entonces, claro, cuando entreví que había algo diferente en ti, porque después ya no hubo tiempo, digo, después vinieron tus viajes, o sea, que te ibas a cada rato y eso se convirtió bien pronto en sinónimo de desaparecerte y tu abuela nos explicaba, como si nosotros necesitáramos explicaciones, que no, que lo que pasa es que la tengo interna en un colegio que se llama *Miss Porter's*, donde mandan a las gringas millonarias y a la legua se veía que la pobre vieja andaba atiborrada de orgullo con lo que tú le contabas y no hacía sino hablar y hablar de eso cuando para las navidades íbamos en pandilla a admirar aquel nacimiento de ella que era el más lujoso del barrio con figuras enormes traídas o encargadas a España que ella y tus tías solteronas exponían en medio de desiertos, oasis, fuentecillas, jirafas, elefantes, pastores con sus rebaños, palmeras, cipreses, corrales con gallos, gallinas, pollitos, gansos y patos, cascadas de agua, molinos de viento, lagunas y lagunitas, casas de todo tipo, música, luces indirectas y mucho etcétera, etcétera que nos dejaba a todos con la boca abierta, tal como nos dejó saber que ya hablabas, a la perfección, el inglés y que esquiabas en la nieve y que ibas de cacería de zorro a caballo en el hunt country de Connecticut y Pennsylvania y, así, con toda esta porción de extravagancias acabaste por convertirte de una vez por todas en el colmo, di tú, en el exceso, en la tapa de lo elegante, refinado y exótico y créeme, Mariana, que si te confieso, ahora, todo esto es porque desde este noviembre, desde esta distancia de kilómetros y kilómetros de recuerdos, medidos todos dentro de una ciudad donde el tiempo es siempre un

tiempo de silencio y lluvias y silencio, puedo al fin hablarte tal como lo estoy haciendo, así nomás, digo, hablarte sin reparos y también aceptando que, para mí y para muchos otros, tú has sido, mujer, el símbolo de ese colmo, mejor dicho, del manjar infinitamente inasequible, porque aunque fuiste mía, todo sucedió tan fugazmente, sí, tan momentáneamente, que todavía ando con la impresión de que siempre tú y yo anduvimos como volando, siempre, con nuestro amor corriendo, siempre apresurados, coño, para que no nos alcanzaran las ruinas, temerosos, siempre, de que nos atajara el tiempo y nos convirtiera, como a otras parejas, en fósiles y es por eso que hoy que te veo, ahí, retratada con Joaquín en esa foto de *Excelsior* de México me pareces otra vez la misma mujer inasible que se marchaba, así, sin decir un adiós, menos aún, un hasta luego y que me dejaba con las dudas de que si nos volveríamos a ver otra vez. Levanto la vista, no sé por qué fijo la mirada en la expresión facial de Joaquín, por primera vez caigo en cuenta que luce tremendamente demacrado en la foto y es que ando con una neuralgia de espanto, me lo dijo así cuando nos tenían de cara a la pared y aquel guerrillero, amor, el cholo aquél, el del uniforme verde oliva, el único que andaba con los cachetes y la boca al aire, me sobaba las costillas con el M-14 y me preguntaba, ¿dónde está Wilson?, ¿dónde, carajo, lo escondiste?, y yo, yo que no decía nada, Mariana, ya me conoces tú, yo, muy quieto y Joaquín a mi lado y ante mi silencio entrándole por decir algo que pronto se convirtió en letanía, algo así como que el embajador se fue, que te he dicho que se fue, y yo por lo bajo con unas ganas inmensas de susurrarle, Joaquín-hombre-cállate, con unas ganas de decirle, te vas a meter en un lío del carajo y nos vas a meter a todos en ese

mismísimo lío, pero qué va, yo seguía sin decir ni pío, sólo pensando que te pensando, cuando, caraste, el hombre, Joaquín, que mandaba al guerrillero a la mierda, digo, mandándolo literalmente a la mierda y a que buscara al Ambassador en el jardín de los vecinos, porque el gringo ése, oye cholo, ¿es que no lo sabes? le preguntaba, sin esperar respuesta, el gringo fue en su tiempo saltador de garrochas, ganador de medalla de oro en la de Berlín del 36, y a los primeros tiros de ustedes se voló la tapia, así, suave, loco, nada como yo que me quedé de pendejo, aquí, esperándolos con el whisky en la mano y para ese entonces, yo, Mariana, ya hecho un fleco de pánico y aquél sin inmutarse siquiera seguía hablando, hablando, él solito se daba cuerda, mira cholo, se deleitaba en llamarlo cholo, cholo, mira, para ser más exacto hasta llegué a pensar que con tu pleque-pleque se iba a poner más caliente la salsa. Me levanto, me siento, cierro los ojos, los abro, me vuelvo a levantar y llevo recorrido ya casi todo el sofá en esta danza cuando reparo en Marta que ha entrado y está frente a mí con la taza de café y no sé desde cuándo ha empezado a dirigirme la palabra porque yo me limito a observar los labios de ella, delgados, nítidamente maquillados y de movimientos serpenteados y luego esos ojos celeste pálido que se iluminan dentro de un ritmo entrecortado y la veo alejarse hacia el ventanal de vidrio y descorrer las cortinas y la luz del mediodía, Mariana, la luz que entra, cortante como una navaja y que penetra rasgándome los ojos de un soló tajo, y todo en torno a Marta, incluso su silueta, se oscurece.

—¿Cómo se siente, ahora, don Tito?

—Mejor, gracias. —Bebo un sorbo de café y está amargo. —Únicamente, la luz, Marta, la luz...

—¿Le molesta?

Claro que me molesta, coño, si no no se lo hubiera mencionado, pero en vez le digo.

—Algo —y yo lo sé y ella, mejor que nadie, lo sabe, que hay un pique en mi voz pero ella es educadísima y no dice nada y paño a paño, lentamente, vuelve a cerrar las cortinas y yo a refugiarme en esta semioscuridad que no exige nada y te confieso, Mariana, que daría cualquier cosa para que Marta me dejara solo pero hasta ahí no llega la perspicacia de ella y la veo que se acerca, carajo, que no se acerque demasiado, ya, ya, ya, ni un paso más y que coge, así, al azar uno de los tantos periódicos y es que Marta tiene sus manías y una de éstas es leer, leer de todo, digo, todo-todo-todo y a veces sospecho que si no tiene su cualquier tendencia a meterse en lo que no le importa, pero qué va, no se trata de eso, sino que yo soy por naturaleza mal pensado y ella es la buena y yo el malo en esta película, Mariana, levanto la vista porque escucho que me está preguntando algo, y esto es, justo, esto es lo que yo no hubiera querido que pasara:

—*Excelsior* ha hecho un reportaje increíble —me dice, siempre usando los mismos adjetivos: increíble, maravilloso, estupendo.

—Así es, Marta —y te repito que daría cualquier cosa, te lo vuelvo a repetir, cualquier cosa, ¡concho! , di tú, le regalaría un Malibú rojo, un par de zapatos Charles Jordan, cualquier cosa para que no me hablara, para que me dejara solo, pero ni modo, aquí sigue, fiel, inquieta, inquisitiva.

—Parece como si hubiera estado un periodista de ellos metido todo el tiempo en el asunto. ¿Cómo lo lograron? —me lo pregunta esperando, tal vez que, yo, como Dios, lo sepa todo.

—A la verdad, no lo sé; simple profesionalismo,

diría yo; buen olfato periodístico. En fin... —Y siento, ¡contra!, siento que para hablar, digo, para pensar, debo hacer un esfuerzo loco que va de las imágenes a las letras y que entre éstas tengo que elegir lentamente de acuerdo a su textura y que de ahí debo pasar a formar palabras, palabras agudas, graves, esdrújulas, sobresdrújulas, con o sin acentos prosódicos, asonantes, disonantes, simples, compuestas, primitivas, derivadas, parasintéticas y sólo por último es que surgen las frases que voy agrupando en bloques de diversas dimensiones, cada cual con su aroma, con su pasión vital, cada cual creciendo a alturas de universo, Mariana, amor, inhalo, exhalo, exhalo, repito tu nombre, lo miro cara a cara y es que tu nombre tiene una belleza simple, ¿sabes?, serena, triste, tal vez, una belleza que me infunde una nostalgia y que es mezcla de lluvia y de besos y de cabellos revueltos y de más besos y tú y yo juntos en la grama, tu y yo, ayer y anteayer, Mariana y aquellos hombres, los primeros cinco, eso es, los cinco rostros cubiertos con las medias nylon entrando y luego el estruendo de la balacera y la casa de pronto invadida, violentada, ocupada, infestada por aquellos seres, todos jovencísimos y dueños de una ira desconocida por mí y por todos nuestros invitados y nadie se movía, no, qué va, nadie, y yo buscándote con la mirada, Mariana, los gritos, ¡VIVA EL COMANDO URRACA! ¡VIVA EL FRENTE DE LIBERACION NACIONAL! y buscando también a Queta y el caviar, el que habíamos hecho traer de Miami en hieleras especiales, tirado, ahí, en el suelo, en el piso de granito, ensuciándolo y tal vez hasta manchándolo, carajo.

—En análisis político el *New York Times* es acertadísimo. —Oigo que Marta me comenta algo en ese tono suyo siempre mesuradísimo y comienza a leer en

voz alta lo que escribió Ted Sorensen en su columna:

Nuestro país tendrá una vasta y superior fuerza militar, tal como solíamos decir al referirnos a Viet Nam. Pero la otra parte tiene una vez más la fuerza del nacionalismo, generaciones resentidas y la simpatía de la mayoría del mundo...

Y ella sigue con el artículo, lo va interpretando simultáneamente, y su voz gangosa, al cabo de un rato, me molesta y dejo de escucharla y bajo la cabeza para beber otro sorbo de café amargo y el silbido que vuelve, el silbido agudo de las balas, Mariana, las balas rebotando en las paredes, quebrando vasos, botellas, platos, ceniceros, y el primer grupo de guerrilleros que entraba, ¡bases no! , ¡óigalo bien, Garrido, ¡bases fuera del país! ¡y ya no seremos carne para el imperialismo yankee! , y yo, Mariana, de diez años, yo, aterrado, aquel 22 de diciembre, aquella víspera de Navidad del 47, sentado junto al chofer de la familia, eso es, junto a Benítez, allá en las Bóvedas, esperando y escuchando la radio del carro durante horas, durante un día entero, comiendo sandwiches de pierna, sandwiches de huevo con mayonesa que había preparado la mujer de Benítez, esperando mientras papá y los otros cincuenta diputados sesionaban a puerta cerrada, digo, a puerta trancada, en el Palacio de Justicia y decidían o intentaban decidir si se aprobaba o no el Convenio Filós—Hines sobre la conveniencia de entregar a los gringos por diez años prorrogables en otros diez, a voluntad exclusiva de Washington, los sitios de defensa, digo, aquellas bases, si, Mariana, entre las que se encontraba Río Hato que ellos, los gringos, se habían tomado de hecho poco antes de la guerra, gracias a una sugerencia hecha por el sábelotodo

de mi viejo a su amigazo el General Stone, y también las otras, las bases, claro ¿que más va ser? las que accedimos entregar mediante el Convenio del 42, porque en esa época estábamos en guerra y éramos aliados y todo tenía un carácter temporal, pero la guerra se acabó, y los gringos, carajo, nada de devolver las bases, y el Presidente aterrado / horrorizado / enloquecido por las amenazas de Mr. Secretary of State y los diputados aterrados / horrorizados / enloquecidos de que el Presidente estuviera tan aterrado / horrorizado / enloquecido corrieron a Palacio y uno a uno, hasta llegar a cuarenta y siete fueron empeñando su palabra, no se preocupe, Señor Presidente, que el Convenio no sólo va, sino que va en primer debate, le decían, pero el asunto, caraste, cambió de rumbo y se fue poniendo feo, digo, cada día más feo, digo, color de hormiga, que es como decir que estaba a punto de irse de un sopetón a pique, y el Ministro de Relaciones Exteriores le presentó la renuncia al Señor Presidente y denunció a los gringos de franca violación de obligaciones contractuales y aquella renuncia cayó como una bomba en Washington y ahí hubo conjeturas, aserciones, imputaciones que en vez de intimidar al pueblo, de asustarlo, de atemorizarlo, lo lanzaron a la calle y fue cuando comenzaron los discursos y las publicaciones del Frente Patriótico y cuando se organizaron las manifestaciones como aquella de las diez mil mujeres que terminaron perdiendo zapatos, carteras, pulseras y prendedores de oro y también de fantasía, y yo, Mariana, ¡iconcho!, ya me conoces, yo a todo esto, cada vez más aterrado, sentado junto a Benítez, mirando a los estudiantes que repartían papeletas, que pegaban papeletas, que colgaban sogas y yo preguntándoles para qué diablos las colgaban y ellos con sus camisas blancas sudadas, malolientes, respon-

diéndome en coro, porque ese Convenio se rechazará de todas maneras, chichilindo, o si no todos los diputados, comenzando por tu padre, serán guindados como cabezas de banano, y yo a punto de que me brotaran las lágrimas, coño, Mariana, las lágrimas, y las horas que pasaban aumentando la angustia y los diputados que seguían allá adentro, encerrados, hasta que se llamó a votación y el resultado fue unánime a favor de rechazar aquel Convenio y todos cantaron el Himno Nacional sin temor a ser ahorcados y se abrazaron con los que invadieron a medianoche la Asamblea gritando, ¡ibases no! , ¡ibases a ningún precio! y el asunto se archivó y, se engavetó, digo, se dejó en el tintero, hasta que en 1955, los gringos, que de vez en cuando se les prende un foco, se aliaron con los militares panameños y Remón, el gran Chichi, comprendió el por qué de la urgencia del Defense Department y les entregó Río Hato, así, sin costo ni gravamen alguno para que la utilizaran para fines de maniobras y adiestramientos y el asunto esta vez sí pasó por la Asamblea, a cambio de unos cuantos beneficios comerciales, tal como va a pasar también ahora, cuando sea puesto a plebiscito y este secuestro, este condenado secuestro vaya a dar a saco roto porque Mi Coronel, Mariana, no es gallo de pocas plumas y ni estos guerrilleros ni nadie lo va a hacer cambiar de idea y él sí va a acceder a lo de la defensa unilateral o conjunta y en eso yo estoy totalmente de acuerdo con él porque, carajo, hay que protegerse de alguna forma contra el comunismo y ellos ya tienen a Cuba, diablo, y con eso basta y sobra para el balance de poderes, y créeme que esta vez si que no tuve reparos en decírselo así a Mi Coronel, digo, con esas mismísimas palabras, allá en Farallón, cuando nos bebíamos un par de tragos a raíz de mi nombramiento como negociador y él celebraba la

astucia, el know-how de papá y hacía votos para que yo saliera de la misma cepa, mientras me abrazaba y me abrazaba y volvía con las palmaditas confianzudas en la espalda y contaba chistes y más chistes y es que no hay que negarlo, Mariana, que deep down, el hombre sí tiene su cualquiera gracia. Levanto la mirada, Marta ha terminado de leer el artículo de Sorensen, pone en orden los papeles y periódicos que he ido dejando tirado por todas partes y yo me la quedo mirando, ella me devuelve la mirada con esos ojillos azules, alta, flaca, blanca, demasiado de esto y aquello como para atraer de alguna forma a un hombre y finalmente con ese airecillo de la que lleva su virginidad como un cordón de oro en un cuello císnico, digo, como Gloria Vanderbilt lleva sus joyas de *Cartier's*, que es como decir, con una soberbia que raya en el exhibicionismo, pero, conste, que éste es un exhibicionismo a la inversa, o sea, un exhibicionismo tipo caracol que manda mensajes — brujos de éstos que le dicen a uno que el sexo está hecho for the birds and not even for the birds y que el primer beso y el último, también, ha quedado en el aire o perdido en algún cartapacio muy importante de *Robinson and Sachs*.

—Ya era hora, Tito — Oigo la voz de Guillermo Ferrari desde el umbral de la puerta, lo veo que entra, la voz, el hombre, vienen juntos, él se sienta a mi lado y enciende rápidamente un cigarrillo, sin ocurrírsele ofrecerme uno. — Te he llamado toda la mañana y Marta negándote, cabrón, hasta que decidí venir personalmente a ver qué carajo te pasaba.

— ¡Qué me va a pasar! , nada, nada que no tenía ganas de ver a nadie y se lo dije a Marta y ella sólo cumplía órdenes.

— ¡Ajo! , y las cumplía a las mil maravillas, la mosca muerta ésa.